

BOLETIN de la Real
Academia de Ciencias,
Bellas Letras y Nobles Artes
de Córdoba ~ ~ ~



AÑO IX. - NÚM. 27
ABRIL A JUNIO 1930

SUMARIO

	Páginas
I.—Andalucía: Ensayo geográfico, por <i>don Juan Carandell</i>	113
II.—Córdoba en 1836. Apuntes y recuerdos, por <i>don Francisco de Borja Pavón</i>	133
III.—Procedimiento empírico para determinar aproximadamente las distancias de los planetas al Sol, y los tiempos de su revolución al rededor del mismo, por <i>don Dionisio Ortiz</i>	154
IV.—El patatú de Obejo, por <i>don Antonio Carbonell T.-F.</i>	159
V.—La industria de la seda en Córdoba, por <i>don José de la Torre y don José Maria Rey Díaz</i>	167
VI.—Noticias.....	173

CONSEJO DE ADMINISTRACIÓN

D. José de la Torre y del Cerro, presidente.

D. Antonio Carbonell, don Antonio Gil Muñiz y don J. Manuel Camacho Padilla, Vocales.

PRECIO DE SUSCRIPCION

Diez pesetas al año.—Número suelto, tres pesetas



BOLETIN

de la

Real Academia de Ciencias

Bellas Letras y Nobles Artes

— — DE CORDOBA — —



Año IX

Abril a Junio 1930

Núm. 27



1930

Tipografía Artística. - San Alvaro, 17

CORDOBA



Boletín de la Real Academia

DE

Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba

AÑO IX

ABRIL A JUNIO 1930

NÚM. 27



JULIO ROMERO DE TORRES

Nacido en el Museo del Potro, junto a las obras maestras de los mejores pintores cordobeses, el día 11 de Noviembre de 1880, su inspiración y su manera, significan en el Arte contemporáneo el logro del pleno triunfo, la legítima conquista de la gloria. Muerto cuando trasponía las cumbres de la Fama, en una madrugada del mes florido, su cuerpo, sobre cama de rosas y claveles, fué velado en las Salas de nuestro Museo, junto al recinto de nuestra secular Academia, por el espíritu redivivo de cada uno de sus compatriotas famosos: Bermejo, Pablo de Céspedes, Antonio del Castillo...

La madre Córdoba guarda de él la herencia inapreciable de su obra única; y sus compañeros de Academia, la luminosa estela de bondades sin par, que trazó en nuestro corazón su afable trato de hombre llano.

Andalucía: Ensayo geográfico

Discurso de recepción académica del doctor don Juan Carandell, en la Real Academia de Córdoba, el 30 de Abril de 1930.

«Hace cinco años tuve la honra de disertar ante esta Academia acerca de la Sierra de Cabra como centro geográfico de Andalucía. Cuán lejos estaba yo entonces de que al cabo de poco tiempo hubiese de venir a Córdoba y algún día volviese del revés aquella conferencia, estudiando también el paisaje andaluz desde aquí, ya que antes lo hiciera desde el Picacho de la Virgen de la Sierra por antonomasia.

El paisaje geográfico, la faz del pedazo de tierra en que vivimos, exige, como todo rostro de mujer, un espejo en que contemplarse. Y este postulado, esta exigencia, me la planteo siempre que contemplo una perspectiva, formulando esta pregunta: ¿cómo se verán los términos inmediatos al que constituye la atalaya desde donde miro, embriagado, el panorama, cómo se verán desde los más lejanos picos que cierran el horizonte? Esta pregunta resume mis ansias de paisaje; nunca me quedo satisfecho con ver de él una cara, cual telón de teatro, sino también el revés. Es lo mismo que debiera sucedernos en todo instante a los hombres: no sólo ver, por introspección nuestra alma interior, sino vernos totalmente desde muy fuera y desde muy alto.

El ilustre profesor norteamericano, Willian Morris Davis formula así la exigencia a todo hombre que aspire a ser culto y moderno: «Un pueblo culto debe conocer su propio país. El quantum de civilización de un pueblo viene representado por el cuidado con que está reconocido su territorio. Conócete a tí mismo es un aforismo tan aplicable a una nación como a un hombre».

El territorio nacional, y particularmente el andaluz, está, en este respecto, muy bien reconocido topográficamente. Incluso la Sierra Nevada lo está por procedimientos barométricos, precursores de un estudio más completo en plazo no lejano. España

cuenta, en el orden de la cartografía, con un servicio que está a la altura de las naciones más adelantadas.

Pero fuerza es consignar que los españoles andamos poco versados en asuntos de mapas. Conocemos malos mapas nacionales, a veces sólo a través de las socorridas guías de automóviles. Para hallar en una librería un simple mapa provincial, se ve cualquier ingenuo curioso en un verdadero apuro. Entre tanto, los buenos, los excelentes, los monumentales mapas topográficos españoles no son conocidos más que por unos centenares de Ingenieros de Caminos, de Montes, de Minas, Agrónomos y del Ejército. El resto, no los conoce, o los conoce apenas.

Pero hay más que el mapa topográfico. Está lo que se llama su lectura, es decir, la interpretación de sus curvas llamadas de nivel o isohipsas.

Más esto tampoco es bastante. En todas partes del mundo los organismos oficiales se ocupan ya de levantar no sólo la planta, que diríamos, de la superficie terrestre, sino el alza; en una palabra, la perspectiva natural considerada desde puntos singulares como los vértices geodésicos. No se me olvidará jamás la impresión que me produjo ver un día en el Instituto Geográfico Catastral de Madrid, y otra vez en la Sorbona, sobre sendos lienzos de pared, la formidable vuelta de horizonte, es decir, desarrollo sobre una ancha tira de papel que mide trece metros de largo, en que está maravillosamente representado todo cuanto se divisa desde la cumbre excelsa del Montblanc. Allí el geodesta francés Helbronner, con la fotografía, con el dibujo y con la acuarela ha legado para la Humanidad el tesoro de los paisajes más sublimes de Europa. Y de esta guisa, franceses, alemanes, italianos, suizos e ingleses, rivalizan en ir archivando monumentales representaciones gráficas que, al acompañarlas a los mapas topográficos, causan sobre el estudioso la sensación de una nueva dimensión que complementa lo que siempre hay de adivinación y tanteo cuando se interpreta, cuando se lee un mapa.

En España se han echado jalones para esta obra ingente de poseer un Archivo del paisaje; pero no un archivo que esté muy bien guardado en los laboratorios y centros de Madrid para uso de los elegidos que huyendo de la provincia en Madrid se quedan, sino un archivo que viva la vida de la letra impresa y la litografía, que circule de biblioteca en biblioteca, de escuela en escuela; que así como aspiramos a que cada ciudad, cada pueblo, cada reliquia histórica, tenga su historia documentada a base

de la fotografía y el comentario crítico, cada población, o cada ciudad, o cada sierra, o cada río, tengan su libro atrayente que nos ponga en contacto con todo ello mediante la buena fotografía, la buena acuarela y el mejor y más fiel dibujo—aquí no cabe el arte libre y subjetivo, sino el arte ingrato de la esclavitud del cristalino humano a la realidad objetiva—al lado del buen mapa y al frente de la historia geológica y geográfica. Y sobre esto, la vida del hombre, que, desde su lengua y sus trajes y sus costumbres y tradiciones, hasta sus más insignificantes acotaciones económicas, todo, todo, es producto del paisaje, como éste es a su vez producto de la historia geológica, de la localización geodésica y del clima. Ya lo decía Giner de los Ríos al hablar del paisaje castellano.

Hemos nombrado un nombre: Giner. Inmediatamente he de enumerar otros, pocos, porque en punto a descriptores del paisaje, los españoles hemos producido poco, y sólo en tiempos recientes; nombremos antes a los extranjeros, a Teófilo Gautier, a Mauribio Wilkamm, el inolvidable botánico, a Mauricio Barres, tal vez a Pierre Loti, y entre los nuestros, que no alcanzan más atrás del siglo XIX, a Jacinto Verdaguer, a don Juan Valera, a Blasco Ibáñez, a Azorín, a Miró. Los demás autores no han sintetizado el paisaje; de él no han captado más que algún que otro detalle; la literatura española, como la griega, ha estado consagrada exclusivamente al hombre; ha producido realistas y observadores profundos, dramaturgos vigorosos, místicos de talla gigantesca; por el contrario, sería tarea difícil echar la mirada, con esperanza de éxito, sobre los paisajes. No así las literaturas germánicas e indias.

Remontemos, pues hora es ya de ello, el escarpe de Sierra Morena y situémonos en las Ermitas, ese bello mirador que tan grato debió serle a Grilo por cuanto, embriagado de panorama, se olvidó de hablarnos de éste para dirigir la mirada vertical al cielo... Allí haremos la primera estación de un viaje ideal que algún día, acaso no lejano, será corriente no efectuar en muy poco tiempo, pero que yo realizaré mentalmente ahora, saltando a través de la Campiña hasta la cumbre de la Sierra de Cabra, y desde ésta, a la del Veleta, en Sierra Nevada, para regresar luego, al punto de partida y ver así el revés de la decoración, el reverso de la medalla. De esta suerte, al mismo tiempo que describamos y expliquemos, que son dos cosas muy distintas, el paisaje cordobés, explicaremos y describiremos el paisaje grana-

dino y malagueño, con lo cual habremos sintetizado el paisaje andaluz al proyectar sucesivamente la mirada a lo largo de una línea casi meridiana que atravesando de Norte a Sur a Andalucía recoge de esta región los tres grandes elementos de que consta, elementos que antes de enumerarlos, y que ya adivináis, podréis representaros en el acto, y con fines de trabajo mental, como «hipótesis de trabajo», como se dice ahora, por un tomo de enciclopedia echado sobre una mesa, pisando un cuaderno de papel o un block de cuartillas que empujáis por el borde libre contra el voluminoso libro que hace de muro resistente. Las cuartillas se ondulan, se arrugan; las de encima de todo acaban por resbalar sobre las otras al empuje de vuestra mano, pero con la otra mano seguís empujando siempre; en definitiva, un mar rizado de ondas de cuartillas avanza contra el muro. Ahí dejáis la tarea; habeis construido, conmigo, la máquina con que se fabrica, en miniatura, una porción de la tierra que se llama... Andalucía. ¿Que cuáles son en Andalucía aquel voluminoso tomo, y aquellas cuartillas, y esas ondas enhiestas y esos cóncavos valles? Hélos ahí: el tomo es la Meseta ibérica, y su lomo o tejuelo, el escarpe en cuyo borde, las Ermitas, estamos; las ondas que resbalaron avanzando empujadas por una mano, las Sierras de Cazorla, Mágina, Jabalcuz, Cabra, Priego, Rute, Yeguas, Pruna y Grazalema y Ubrique. Las otras ondas que tras ellas levantó la otra mano, las Sierras Filabres, Nevada, Almajara, Tejeda, de las Cabras, del Torcal y Abdalajis, del Burgo, de Tolox, la Serranía de Ronda; el Sistema Bético por antonomasia. Los cóncavos valles—y perdonad el adjetivo redundante, más necesario para la asociación de ideas—son, sencillamente, las altiplanicies de Baza y Guadix, de Granada, de Antequera y Bobadilla, de Ronda, y, aludiendo al espacio que media entre el voluminoso tomo y las ondas de cuartillas que resbalaron en su avance, el Valle del Guadalquivir, de este Guadalquivir que arranca a Francisco de Rioja estas palabras:

*Corre con albos pies al espacioso
Océano, veloz tarteso río,
Así no ciña el abrasado estío
Tu dilatado curso glorioso,*

pues—dice Góngora—

*Dejando tu nido cavernoso
De Segura en el monte más vecino,
Por el suelo andaluz tu real camino
Tuerces soberbio, rauda y espumoso.*

Ya hemos definido, pues, Andalucía, y esta definición cabe traducirla no sólo a todos los idiomas, sino a todos los equipos mentales, por ser definición geográfica, no meramente descriptiva, sino explicativa; la descripción, y no más, no satisface al lector que quiere representarse, graficar en el cerebro, un país que desconoce. La geografía moderna describe explicando, con el cómo y el por qué impertinentes en los labios.

Traduzcamos a términos más científicos, pero en el fondo los mismos, lo que hemos dicho, acaso ramplonamente, del voluminoso tomo y del block de cuartillas. Aquél, es decir, la Meseta Ibérica, es un artificio más de nuestra hipótesis de trabajo; de libro no tiene más que lo de fuera; un prestidigitador nos ha jugado la inocentada; las tapas es lo único que el libro tiene de tal; por dentro, todo está arrugado y prensado; es que antes había cogido una cuantas resmas y las había comprimido fortísimamente; después colocó todo debajo de una guillotina y así simuló una cara del libro; sobre ella ha imitado la tapa que vemos por encima. La definición de la Meseta, con sus aledaños que se llaman Valle de los Pedroches, sierras de Alcuía y Fuencaiente, Sierra de los Santos, etc., la tenéis completa. Un haz de ondulaciones, arrugas o plegamientos antiguos, y por tanto, una pretérita cordillera, que la guillotina secular de la erosión ha ido arrasando y transformando en una casi llanura. Otro guillotinado normal a ese de la erosión ha cortado el tejuelo del falso tomo: es ese escarpe que desde la Sierra de Alcaraz, y quién sabe si desde la costa alicantina o más lejos, se dirige hasta el Cabo de San Vicente o más lejos aún, y que llamamos con imprecisión Sierra Morena; y digo con imprecisión porque de tal sierra únicamente está el tejuelo, es decir la vertiente bética o meridional, puesto que la vertiente septentrional no la ha visto nadie todavía, toda vez que habría que buscarla acaso en los alrededores de Toledo, o en las costas de Galicia; tan ancha es, pues, la divisoria que, lejos de ser una línea, una arista, es nada menos que la superficie inmensa de la ancha Castilla, interrumpida por otras arrugas que forman las Sierras de Guadarrama, Béjar, Peña de Francia, Gata y Estrella, y surcada por el Duero, el Tajo y apenas por el Guadiana.

Desde las Ermitas vemos al fondo dos siluetas; las más lejanas, blanqueadas por la nieve, asoman entre el Ahillo de Alcaudete y el macizo de Cabra, y constituyen la imponente Sierra Nevada; y por la derecha de la Sierra de Rute contemplamos

las de Loja, Archidona, Jarcas, Cabras, Torcal y Abdalajis. La Campiña oculta momentáneamente las del Chorro, pero a la derecha de las Sierras de Estepa y Yeguas vuelven a aparecer otras, que son las de Pruna y Grazalema. Todo eso es el conjunto de las cuartillas onduladas y arrugadas que han quedado rezagadas con respecto a las que resbalaron, como si viniesen al asalto de Sierra Morena y la Meseta, y que son las sierras de Cazorla, Mágina, Jabalcuz, Fuensanta, Ahillo, Cabra, Priego, Rute, Estepa y Yeguas, más esas de Pruna y Grazalema, que han resbalado menos, avanzando menos.

Permitidme que os diga que no es que Africa llegue a los Pirineos; Africa llega hasta la Campiña cordobesa; Europa, el elemento europeo de Andalucía, es Sierra Morena. Las invasiones geológicas recientes vienen de Africa (lo mismo que las humanas). Europa resiste en los escarpes de Sierra Morena. El Guadalquivir es, pues, geográficamente hablando, no literariamente, no en metáfora, el hijo de la negra Africa y del rubio continente eurasiático.

Córdoba, la Córdoba magna del califato, se asienta en la línea de enlace entre lo europeo y lo africano. Granada y Málaga, están sobre el pedazo de Africa que el Mediterráneo inunda en parte y separa aparentemente del continente negro. Así, pues, si Ganivet, lo mismo que Pi y Margall en «Las Nacionalidades», admitía dos Andalucías, la alta y la baja en sentido de Este a Oeste, yo postulo la existencia de dos Andalucías, la africana y la europea separadas por el Guadalquivir y las Campiñas de Jaén, Córdoba y Sevilla.

¡Qué epopeya la de la última gestación de la región andaluza, la de ese desgaje de la Meseta Ibérica que hoy contemplamos desde la Campiña cuando miramos el muro de la Sierra Morena, la de aquel ondularse y replegarse de los fondos del mar que surgieron al exterior de las aguas que llenaban el ámbito inmenso que se extendía desde la Sierra Morena hacia el Africa remota; qué grandeza la del fenómeno geológico en virtud del cual surgían primero una gigantesca cordillera, de la cual se destacaban con violento estrépito las elevadas cumbres y formando arrolladora falanje, cual marea de rocas, avanzaban hacia acá hasta que las resistencias pasivas acababan por detenerla en su marcha al ataque de Sierra Morena! Verdaguer canta la epopeya de la apertura del Estrecho de Gibraltar. Pero este hecho geológico y geográfico es insignificante comparado con la orogenia de

los Alpes y con la génesis de la Cordillera Bética y del suelo andaluz. Sólo en el Ramayana se lee algo digno de este verdadero parto de los montes, acaso en Rudyard Kipling. «Al ver a Ravana que corría con rápido vuelo con su arco y su dardo inflamado, el monarca de los simios salió a su encuentro, impaciente de medir sus armas con él. El soberano de los monos arrancó con sus brazos vigorosos la cima de una montaña, y levantando aquella mole arrojóla contra el rey de los raksasas. Al ver aquella montaña que se precipitaba sobre él, de pronto, el héroe decacéfalo la cortó con unas flechas parecidas al cetro de la muerte». Hanumat, que poseía la fuerza del viento, asió la montaña, lanzóse prontamente a los vientos con ella, y partió con rapidez». Cargado con su gran alpe, Hanumat descendió cerca de Lanka, y dió cuenta de su misión a Sugriva, a Rama, y a Vibisana. El noble ragüida le dijo: «La obra que acabas de realizar, héroe de los monos, iguala a las acciones de los propios dioses. Pero es necesario que devuelvas esta montaña al lugar de donde la has tomado, pues es el lugar donde los dioses vienen a recrearse en cada nuevo plenilunio».

Pero basta de poesía; frenemos la imaginación. Decíamos antes...

Al pie del escalón de las Ermitas, de esa herida o cicatriz que nos permite comprender en el acto la estructura del alto país cordobés—el tomo voluminoso de nuestra hipótesis de trabajo—se extienden varias colinas, cuyo conjunto forma lo que llamamos por antonomasia el Brillante. Su altura sobre el mar es la misma que la de la Campiña. Representan un trozo de Campiña que la muesca del Guadalquivir separa de ella. Fijáos en que esas colinas tienen un remate plano, con ligera inclinación hacia el valle. «Albarizas», «cuevas», «mesas» son nombres de cortijos. Aquí y allá canteras de caliza y hornos; por doquier, manantiales, huertas. La caliza está en bancos superpuestos, y con altura uniforme. Unidlos mentalmente por encima de los barrancos y cañadas y reconstruireis el gran plano inclinado o «cuesta» que se extendía al pie de la Sierra de Córdoba y se continuaba insensiblemente por la Campiña. Pero el río lo ha cortado, y los torrentes de la Sierra, impetuosos, salvajes, han completado la obra.

Más allá el Guadalquivir, ciñendo a Córdoba, se nos aparece con toda la opulencia de un río maduro; pero ha sido joven en tiempos pretéritos; ha sido destructor, como sierra de cinta que

muerde incansable la muesca de su propio lecho. Hoy discurre hondo; pero ciñen a ese Brillante otras pequeñas lomas cuya composición en conglomerados revelan las trincheras de las vías férreas: aquellos guijarros son eco de una fase anterior en que el río discurre a más altura y a mayor velocidad que hoy. Córdoba tiene su parte alta y su parte baja; las cuestas del Bailío, la calle de Claudio Marcelo, la de Jesús María son el escalón que separa dos tableros, dos terrazas, dos fases en ese ahondamiento que el Guadalquivir ha operado hasta adquirir, aquí en Córdoba, el perfil de equilibrio que hoy tiene. Equilibrio, no; que el Guadalquivir es un río que vive la tragedia del que súbitamente adquiere caracteres torrenciales que le hacen abandonar la mansedumbre que de ordinario tiene, aumentando su caudal en cientos de veces el ordinario. Buena culpa de ello tienen los barrancos de la Sierra, que hienden el escarpe y lo recortan en un laberinto de afiladas cuchillas que por la mayor dureza de las rocas quedan en alto y avanzan hacia el Sureste hasta desaparecer bajo los terrenos de la Campiña; esos barrancos serreños vierten al Guadalquivir en pocas horas la casi totalidad de las aguas de lluvia caídas en un momento dado, escupidas por un terreno impermeable y no retenidas por una masa de bosques que no sólo debiera constituir un lujo, gala y orgullo, y una fuente liberadora de cargas económicas para no pocos pueblos de la Sierra, sino que serían la esponja que retuviese las aguas salvajes y regulara el caudal del Guadalquivir.

Los meandros del río no están nunca fijos; el Guadalquivir divaga, es decir, muerde en unas riberas y regala detritus a las contrarias. Como todos los ríos, tiene un lento movimiento pendular. Ved los cortes que abre en las arcillas azuladas de la Campiña, a cuyas expensas el Guadalquivir va ensanchando más y más la planicie de su propia Vega, que aquí en Córdoba, donde se inicia, es estrecha, pero que más abajo de Sevilla es amplísima.

Levantemos muy poco más la mirada, y toparemos con la Campiña. Por nuestra izquierda aparece en contacto con la Sierra Morena allá por los términos de Bujalance, Carpio, Pedro Abad; desde estos puntos hasta nuestra extrema derecha, enfilando casi el castillo de Almodóvar, la Campiña parece el mar; un mar con manchas verdes oscuras en unos sitios, los olivares, separadas por amplios espacios que cambian de color con el ritmo de las estaciones y que son verdaderas alfombras de

flores en la primavera, y verdadero oleaje en los trigales cuando los azota el solano. La Campiña parece todavía el mar que fué en períodos no lejanos, y sus lechos arcillosos altos y bajos con arenas conservan la casi perfecta horizontalidad que los sedimentos que en el fondo de los mares se depositaron. En el Sur comienzan a aparecer ondulados, al empuje de las montañas de Rute, Priego, Cabra, Alcaudete y sierras jienenses.

Casi todos los pueblos campiñeses están sobre suaves y redondeadas cumbres a altitud uniforme. Si pudiéramos drenar toda la Campiña toda la tierra que los arroyos y regatos le han cortado, sería plana como la palma de la mano. Cada pequeño curso de agua es una sierrecita de cinta que corta aquí y allá con afanosa labor de marquetería, y cincel de escultor que en la antes fué plana superficie, modela toda una teoría de montañas y suaves vaguadas. Una pregunta ahora: ¿por qué la Campiña no tiene, y agradezcámoselo, ni los estratos de yeso ni las formas y razón de calizas que dan un rasgo tan característico a las montañas de los ramos castellanos y a la cuenca del Ebro? ¿Es que a causa de la comunicación constante que con el Océano tuvo el mar que la ocupara, no se concentraron aquellas sales minerales en una cuenca cerrada? ¿Es que el Guadalquivir y sus afluentes se lo habrían llevado todo, como si quisieran limpiar esa tierra de todo lo que le quitase esterilidad, brindando así al pueblo andaluz el regalo de esas arcillas tan fértiles, que las de ninguna otra región española?

Demos el salto a la Sierra de Cabra. Bajo nosotros corre el Guadalquivir, con sus recortados meandros, con aquel desahogado y continuo como un ofidio o como el péndulo de un reloj, cambiando siempre su cauce y dando la impresión de un río demasiado pequeño para tan amplio valle como el que nos presenta en Torres Cabrera. Para dar una pincelada geográfico-histórica os diré que si nos acompañase un castellano de León o de Galicia, se sorprendería de que en nuestro salto sólo distinguimos bajo nosotros media docena de grandes pueblos; que los leoneses no se explicaría por qué en su tierra pasarían no

ilumináis la inteligencia de nuestros hombres agrarios para que la colonización de la Campiña prosiga y no exista el cada vez más peligroso desequilibrio entre una ciudad y unos pueblos tentaculares, y un campo desierto que impide la pequeña propiedad y el cultivo intensivo e integral de la tierra, haciendo de ésta una cadena de industrias de la que hoy faltan casi todos los eslabones?

Pero ya estamos en el Picacho de la Sierra de Cabra, es decir, sobre una de las encrespadas ondas que avanzaron resbalando en nuestra experiencia fundamental. Por doquier, cresterías de caliza, que enmascara el agua que guarda avaramente en lo profundo de las entrañas, La Fuente del Río, en Cabra, la Fuente del Rey, en Priego, y mil más. El paisaje calizo reserva estas sorpresas; es la esponja que envía a lo hondo el agua de lluvia, y la rezuma en las faldas de la montaña. Si nuestros hombres de la Sierra Morena creyesen más en la función social de la propiedad y menos en el acomodaticio derecho romano, verían en los bosques también una esponja; mil fuentes aparecerían por todas partes, y en lugar del cultivo seco en tanta extensión, tendríamos no poco regadío por doquier y no pocos pequeños propietarios verdaderos artistas de la agricultura, en vez de esos infelices que vemos cómo desmontan criminalmente—aunque el crimen está, o se forja en otro lugar en nombre del orden—las laderas de Sierra Morena.

Mirando al Sur siempre, tenemos ante nosotros, ya cerca, la Cordillera Bética, que en parte ocultan las moles del Lobatejo, de la bravía y encrespada Tiñosa de Priego, cual ola de rocas que amenaza pasar por encima de la Sierra de Cabra y de la Sierra de Rute. Y ahora sí que podemos contemplar a nuestro sabor la majestuosa Sierra Nevada, que se nos presenta como una cúpula de serenidad de perfiles verdaderamente inaudita, sobre la cual se posa el manto immaculado de la nieve. Más allá, hacia el Este, se alinean las crestas de la Sierra Harana y de Baza, y más acá desfilan según viramos la mirada hacia el Sur y el Sudoeste los grandes eslabones del Sistema Bético que ya habíamos columbrado desde las Ermitas de Córdoba, pero que vemos ahora desde mucho más cerca. Tras las sierras de Yeguas y Mollina divisamos la cuenca cerrada de Fuentepiedra, con su esteparia laguna, reliquia del manto lacustre que hasta tiempos recientes ha ocupado la altiplanicie de Antequera, gemela de las altiplanicies rondeña, granadina y de Guadix y Baza, las cuales,

precisamente por haber quedado prematuramente aisladas del gran brazo marino del cual es herencia la Campiña cordobesa, tienen hoy en sus suelos el elevado coeficiente calizo y yesífero que tan malas tierras de labor hacen.

Todas estas cuencas primero marinas, lacustres después, y drenadas hoy por los ríos Guadiana Menor, Genil, Guadalhorce y Guadiaro, son el plano sobre el cual habrían resbalado la Sierra de Cabra, en cuyo Picacho estamos, y las que con ella, Sierras de Rute, Priego, etcétera, forman la Cordillera Pre-Bética.

De esos cuatro ríos, dos, el Guadiana Menor y el Genil, van al Guadalquivir; el Guadalhorce y el Guadiaro se desvían al Mediterráneo. El más interesante de todos es acaso, en este momento de la disertación, el Guadalhorce; este río es un río extraño a la gran cuenca del Guadalquivir; es un río que antes se formaba en las proximidades del famoso Tajo de los Gaitanes; pero como todos los ríos realizan constantemente una labor de zapa, acabó por apoderarse de las aguas de la cuenca lacustre de Antequera y Bobadilla y robarlas al Genil, llevándoselas a Málaga, al Mediterráneo. Otro río, el Guadalfeo, granadino, amaga un constante y progresivo robo de aguas al Genil, que son derivadas al Mediterráneo, valiéndose del río de Padul.

Dediquemos sólo dos palabras al Torcal de Antequera, que se divisaba ya desde las Ermitas y que vemos ahora mucho mejor, y al Tajo de Ronda, cuya situación se adivina admirablemente desde el Picacho de la Sierra de Cabra. El Torcal, el Tajo de Ronda y la Gruta de las Maravillas son la trinidad de los paisajes calizos o «cársticos» de Andalucía; son el modelado o laboreo de la erosión a cielo descubierio y bajo tierra respectivamente.

Pero hagamos la segunda etapa de nuestro vuelo, y lancémonos al espacio en demanda del Pico de Veleta, gemelo del Muihacen, a los 3470 metros sobre el mar, once menos que la reina de las cumbres españolas, y cualquiera de ambas reputable de Montblanc de España.

Carcabuey, Priego, Almedinilla, repiten el paisaje egabrense, el oasis como lo calificara Valera, con sus aguas en eterno murmullo, sus huertas que ofrecen, amorosas, un trabajo constante que es arte y que es grato juego. Pasado el Parapanda, mientras la Sierra Nevada se agiganta, ábrese bajo nosotros la Campiña de Granada, y en su centro, el trazo verde del Genil y sus riberas. Granada se recuesta al pie de las colinas acumuladas por

el gigantesco torrente en que antaño se resolvían los grandes glaciares de Sierra Nevada, hoy casi reducidos a la nada, al Corral de Veleta. Pasamos sobre la más africana de las ciudades andaluzas si hemos de ser consecuentes con afirmaciones anteriormente formuladas. Por un momento parece que ante nosotros, y adosadas a la gigantesca cúpula de la Sierra Nevada reaparecen las siluetas recortadas, atormentadas de la Sierra de Priego; es el Trevenque, uno de los macizos calizos que rodean al núcleo central; ese Trevenque, acaso sea la misma cuartilla que resbaló y llegó hasta donde están las Sierras de Cabra y demás.

Ese Trevenque tiene más de dos mil metros; sin embargo, sus proporciones quedan anuladas; cuando lleguemos a la pequeña meseta del Picacho de Veleta, apenas acertaremos a hallarlo: tan bajo queda.

La nieve deslumbra los ojos; imponentes tajos señalan las colosales fracturas que el macizo ocultaba a nuestra mirada; aquí y allá unos círculos negros, en los que flotan témpanos de hielo verdosos como esmeraldas, señalan otras tantas lagunas que algún día trocarán su inútil quietud en colosal energía eléctrica; lagunas en cuyos espejos todavía parece reflejarse por las noches el espíritu de Muley Hacér, padre de Boabdil. Ya estamos posados sobre el Veleta. Por fin descubrimos el mar a menos de 40 kilómetros en línea recta. Entre él y nosotros, los pliegues de la Sierra Nevada y de las de Lujar y Contraviesa; la Alpujarra, el tréguico baluarte de los árabes, el borrón de la Reconquista. No cedamos todavía a la tentación de volver la espalda, y sigamos mirando hacia el Sur. Aplacemos unos instantes la impaciente voluptuosidad de saborear el paisaje más amplio y más sintético de Andalucía. Entretengamos y deleitemos el espíritu no con la árida prosa de quien os dirige la palabra, sino con la de los Bory de Saint Vincent, Boissier, Wilkomm, Ibáñez y Perrier, y el Dr. Bide, sin olvidar a los Rojas Clemente, Alarcón, Castelar y Villiaespesa.

Bory de Saint Vincent, Oficial de Estado Mayor de las huestes napoleónicas y autor de una «Guide du Voyageur en Espagne» editada en París el año 1823, habla del Mulhacén y el Veleta como de «inmensos dominadores del horizonte» desde los cuales se divisan al mismo tiempo «la Sierra Morena, treinta leguas distante aproximadamente hacia el Norte, y las costas de Africa, alejadas cuarenta y cinco leguas por el lado Sur, cuando menos». «El observador, maravillado, que en un día puede llegar

desde una playa ardiente hasta las cimas heladas, ve, en seis a diez leguas de trayecto, cómo la naturaleza cambia de aspecto bajo sus pasos, como si por una potencia mágica se hubiese elevado, de un salto, desde el Ecuador hasta las regiones polares...»

El suizo Edmundo Boissier, allá por el año 1839, descubre la Sierra Nevada desde el velero cuando al pasar frente a Motril divisa con emoción las cumbres heladas detrás de las sierras de Lujar y Contraviesa. «Este paisaje sublime por sí mismo tenía yo la dicha de verlo bajo un aspecto que hacía valer tanto todas sus bondades; todo se reunía para excitar el entusiasmo del viajero, la llegada a la meta deseada tanto tiempo, la grandez de esta natura, la fuerza de los recuerdos que planeaban sobre esta tierra sagrada».

En 1879 la Comisión hispano-francesa presidida por el insigne geodesta español Ibáñez, llevaba a cabo una resonante proeza científica: la unión geodésica del Mulhacén con la costa de Orán, mediante destellos luminosos que remedaban el nostálgico adiós tendido entre los dos baluartes del pueblo hispano-árabe. «El pico de Mulhacén, escribía Perrier, iba a ser testigo de los prodigios de la ciencia.: la producción de un haz luminoso eléctrico de una intensidad suficiente para ser dirigido con precisión y eficacia a la costa africana, siempre invisible a simple vista, a una distancia de doscientos setenta kilómetros. Sobre la cumbre helada iban a vivir durante dos meses geodestas y ayudantes, mecánicos, soldados, obreros, cuarenta personas aproximadamente, provistas de aparatos de precisión, de instrumentos y máquinas de todas clases, produciendo todo el estridor de la vida industrial, con el silbido de vapor que señala uno de los rasgos característicos de la civilización moderna».

El gran botánico alemán Willkomm, a quien tanto debe la ciencia española escribe desde el Veleta estas palabras: se extiende hacia el E. N. y Oeste un mar de montañas. Sobre las sierras de Jaén y Lucena se ve la línea azul oscura de Sierra Morena. Más allá se extienden las dilatadas llanuras de la Mancha y Castilla, que se confunden con el azul del cielo». «Es el día más grande de mi existencia».

El Dr. Bide, el más arrojado explorador de la arista afilada que separa el Mulhacén del Veleta, describe la puesta del sol contemplada desde el Veleta, y al aludir a la «corona de montañas en las cuales el tono rosado tierno se confunde con pálido azul», concluye con esta frase: «es maravilloso». 17

Simón Rojas Clemente alude al paradisiaco valle de Lanjarón haciéndose eco de su «cielo alegre y despejado que jamás se empaña sino para regarla con sus lluvias suaves y protegerla contra los rayos de la canícula; un ambiente puro que nunca se agita sino para verter rocíos de plata y producir céfiros que templen la influencia de aquel sol hermoso. Todos los dones, en suma, y todos los encantos que, repartidos por toda la Bética famosa, han notado la poesía y los filósofos, se reúnen allí, como para representar, en miniatura, los Campos Eliseos de Homero y Estrabón.»

Jacinto Verdaguer, en «L'Atlántida» dedica a Sierra Nevada delicadísimas estrofas. Castelar la califica de «cristal veneciano que toma tantos reflejos y tiene tantos resplandores».

Al contemplar Alarcón desde la Alpujarra el Mediterráneo, dice: «El Mar. Calle todo ante su grandeza». Y Villaespesa, en «Abén Humeya», nos habla de

*pueblos que parecen nidos
de vencejos y milanos
en las rocas suspendidos,
y picachos eminentes
tocados de nieve y hielo,
que con sus altivas frentes
rasgan el azul del cielo!»*

Y ahora he de deciros que si Andalucía resume a toda España porque tiene en su suelo elementos de toda la península: Meseta, como Castilla, Valle, como Aragón, Cordillera, como Asturias, y Navarra, y Aragón y Cataluña, y costas como Levante; si Andalucía resume a toda España, digo, la Sierra Nevada se viste con flores que no solamente resumen las de la Península, sino las de Europa y hasta del mundo entero. No temais una enumeración erudita; quede ella para otros estudios; honra a los Rojas Clemente, Boissier y Willkomm que investigaron la flora del imponente macizo granadino. Yo sólo os diré que desde la zona costera, de clima subtropical, de Motril, donde se dan cita la caña de azúcar, y la batata, y la chirimoya, y hasta el café; donde hecho de menos incluso el árbol de la quina que la previsión de los gobiernos debiera haber plantado en las laderas de las sierras de Lujar y Contraviesa; desde Motril hasta las cumbres del Mulhacén y Veleta, a cuya sombra persisten con caracteres eternos las nieves; en estos 30 kilómetros de distancia, y en esos tres kilómetros y medio de altura, se escalonan

todas las zonas botánicas del planeta. Sobre el estrato floral costero, donde además de las especies citadas abren su pompa las palmeras y los naranjos, viene el peldaño de los plateados olivares y sobre ellos, árboles frutales de todas clases; después la zona de la vid. A mayor altura, la zona montana, con los castaños y los robles; más arriba, allí donde ya no hay pueblos como Trevélez y Capileira que alcanzan alturas de más de 1.500 metros, desaparecen los bosques, y en su lugar están los humildes hierbas de la zona subalpina, cubierta de nieve desde octubre hasta abril, y trocada en manto verdoso durante la primavera estival, que depara a los alpujarreños ocasión para cultivar el centeno, la patata y hasta el tabaco a más de 2.000 metros de altura. El Veleta y el Mulhacén, con las restantes cumbres superiores a 3.000 metros, pertenecen a la zona alpina, en la que es imposible todo cultivo, y las plantas espontáneas, de raquíptico porte y de flores rutilantes, sólo vuelven a hallarse en el Atlas, en el Pirineo, en los Alpes, en Escandinavia o en Laponia.

Después de esta divagación botánica, volvamos a lo geológico y geográfico. Decíamos que el macizo de Sierra Nevada es una inmensa cúpula, y añadimos ahora que está formada por pizarras en que brillan la mica, el anfíbol y el granate. En cierto aspecto, Sierra Nevada, litológicamente, recuerda más a Sierra Morena que los otros elementos de Andalucía. Sierra Nevada es como si después de partirse en dos el inmenso bloque de la Meseta Ibérica, quedando ésta en alto y hundiéndose la porción meridional, hubiese sobrevenido el empuje de Africa y de resultas hubiese surgido la gigantesca onda sobre la cual pasaron, resbalando, las que han quedado envolviendo el macizo granadino y han avanzado hasta los confines de la Campiña cordobesa.

Si desde lejos, cuando estábamos en el Picacho de la Sierra de Cabra, la veíamos como niveo pecho, ahora, desde el Veleta, por doquier atisbamos concavidades en cuyo fondo se albergan lagunas, a más de 2.800 metros en general. Estas lagunas y esos circos representan el resultado de la labor de modelación iniciada por esa misma nieve cuando en los tiempos en que apareció el hombre el clima más frío y más húmedo que hoy, permitía la congelación, el endurecimiento propio de los glaciares. La belleza de los Pirineos y de los Alpes se debe tanto a su mayor complicación como, sobre todo, a la intensidad con que los glaciares actuaron, creando los inmensos bajarrelieves al final de los

cuales admiramos hoy los bellos lagos suizos e italianos. Y es que contra las leyes de la latitud, con sus consecuencias térmicas, sólo pueden prevalecer las grandes altitudes. Un ataque más enconado por parte de Africa contra Europa habría dado a la Sierra Nevada un par de miles de metros más de altura, y el paisaje andaluz sería en todos sus aspectos, una fiel reproducción del de Suiza y el Franco Condado.

Volvamos la mirada al Norte antes de emprender el regreso. Ya realizado mi sueño, al ver el paisaje acostumbrado, del revés. A mis pies se tiende la Vega de Granada y las altiplanicies de Guadix y Baza. Más allá las cuartillas que resbalaron al arrugarlas, es decir, el reverso de las Sierras de Cazorla, Mágina, Jabalcuz, Martos, Alcaudete. Aquí una solución de continuidad (como la que hay entre las Sierras de Cazorla y Mágina); en efecto, recordemos que desde las Ermitas de Córdoba divisamos, entre el Ahílo de Alcaudete y la Sierra de Cabra, esta Sierra Nevada en que ahora estamos. Pues bien: en esa misma dirección columbramos una silueta de una horizontalidad y de una perfección de trazado sorprendentes: es la Sierra Morena.

Recordemos la vuelta de horizonte llevada a cabo por Helbronner en el Montblanc. La identidad de los términos es perfecta. En el panorama del ilustre geodesta francés se divisa el lejano reborde de la Meseta francesa, hermana de la española; por el pie discurre el Saona, al cual afluye el Doubs, nacido en el Jura; nuestro Guadalquivir es el Saona y Doubs, francés. Del Mulhacén y Veleta nace el Genil; de entre el Pico de Cuervo y la Sierra Harana nacen el Maitena y el Aguas Blancas. Todos estos ríos se reúnen en el por antonomasia llamado Genil, de igual modo que el Arve y el Ródano forman el Ródano propiamente dicho. Desde Lyon, el Saona cede el nombre al Ródano; desde Palma del Rio, es el Genil el que hace mutis. Edrisi, el geógrafo árabe, coloca en el Genil a Sevilla y a Sanlúcar; para él el Betis terminaba en Palma, como el Saona acaba en Lyon.

Y ahora supongamos que cabalgando sobre un rayo luminoso acudimos al encuentro, ya de vuelta, del que la Sierra Nevada reflejó hace miles de años; con la imaginación, supongamos que los torrentes y ríos no hubiesen comenzado todavía su labor. Si devolviésemos a Sierra Nevada y a las que se interponen entre ella y Sierra Morena, todo el inmenso volumen de detritus desplazados por los cursos fluviales, nos sorprenderían dos cosas: que un enorme caparazón calizo cubriría, a guisa de cas-

co, a la Sierra Nevada, alcanzando así considerable altura; y los grandes lagos y el brazo de mar que ocuparían, respectivamente, las dos concavidades que se abren entre la Cordillera Bética y la Cordillera Pre-bética (Sierras de Cabra, etc.), y entre esta segunda Cordillera y el escarpe de Sierra Morena. De ahí, pues, que estas jóvenes cordilleras constituyan la cantera colosal de la que el artífice de las aguas arranca a lo largo de los tiempos los detritus que van cegando o colmatando (empleando un galicismo) aquellas cuencas. La Vega de Granada, sucesora de un gran lago, es hija de la Sierra Nevada. La Campiña cordobesa lo es de la Sierra Nevada, de las de Cazorla, Jaén, Cabra, etc., y de la propia Sierra Morena. A favor de aquella gran altura que tales sierras, exceptuando la Morena, tuvieron, los ríos que de ellas descendían al Canal Bético tenían gran velocidad, gran fuerza de arrastre, gran fuerza de empuje en sus deltas y conos de deyección: de ahí que el Guadalquivir no marche equidistante entre los límites de su cuenca, sino que discurra acorralado contra aquella sierra cuyos derrames han tenido siempre menor fuerza desplazante, es decir, contra Sierra Morena. Este maridaje tan estrecho entre el río y la sierra es la causa fundamental de aquellas riadas tan súbitas a que antes me referí, y que atenuarán los grandes embalses.

Sin darnos cuenta hemos atravesado otra vez la provincia de Granada y hemos rebasado el Picacho de la Sierra de Cabra. Estamos ya cerca del punto de partida. Sólo un momento nos detendremos ya en este regreso, desviándonos algo hacia el Este. Hémos en lo alto de la inclinada torre de Bujalance, la atalaya campionesa mejor situada para una lección de geografía andaluza. Desde ella divisamos perfectamente el escarpe de Sierra Morena, reflector cósmico de los rayos solares que se traducen en oasis casi subtropicales de dulcísimos naranjos; la Sierra Morena, con sus espolones que avanzan hacia la Campiña y se ocultan bajo ella; con las muescas de sus barrancos que se abren siguiendo la dirección NW.-SE. de las rocas menos resistentes. Detalle nimio éste, como si lo rebuscásemos con una lupa. Pero esos espolones tienen un secreto que el hombre descubrió tiempo ha, pero que la humanidad actual explota con conciencia de lo que hace. En tiempos remotos, esos espolones eran barreras naturales que se oponían al paso del Guadalquivir; nuestro río tenía que saltarlos; imaginemos las cascadas que se formarían entre Marmolejo y Villa del Río; entre Montoro y Pedro Abad; entre

Pedro Abad y El Carpio; entre Villafranca y los llanos de Alcolea, y acaso en Alcolea mismo. ¡Qué magníficos embalses naturales! La cinta líquida, la sierra cuyos dientes incansables son desde la más insignificante partícula hasta el voluminoso canto que va rodando río abajo y desgastándose, cortó aquellos espolones, aquellos diques naturales, y hoy podemos admirar los pintorescos pasos del Guadalquivir, lo que los ingleses llaman «water gaps» y nosotros «hoces» o «cañones», alguno de los cuales, como la hoz de Montoro, son una fiel miniatura del famoso meandro encajado del Tajo en Toledo.

La ingeniería moderna repara este desgaste operado por la Naturaleza, y ahí está el Salto del Carpio en el Alcurrucén, preludio de otros cuya localización se adivina; y esas muescas que los barrancos serreños hienden, como el Yeguas, el Arenoso, el Guadalmellato, el Guadiato, el Bembézar, y cien más, son promesa de obras alguna de las cuales, el Pantano del Guadalmellato, es halagüeña realidad, y honra de quien la inició y de quien ha sido brazo ejecutor.

Ya en las Ermitas, el rebasar el vuelo hacia el Norte supondría observar un país de granitos, pizarras, calizas antiguas, totalmente distinto, en que el suelo, la flora, la fauna, el hombre en su habla, en sus costumbres, en su habitación, en la construcción de los pueblos, etc., es algo que ni es genuinamente andaluz ni genuinamente manchego o castellano. El paisaje de la Sierra Morena se descompone en tres grandes unidades: las proximidades del Guadalquivir, con los bellísimos granitos rojos de los Arenales, a los que emulan los agrestes picachos de la desolada Virgen de la Cabeza, en Andújar, denotan el efecto de la gran desgarradura en que se termina la Meseta Ibérica, desgarradura que se descompone en varios escalones. Sigue más al Norte el Valle de los Pedroches, masa granítica que aparece como hundida entre el borde bético de Sierra Morena y las alineaciones pizarreñas que señalan el límite de las provincias de Córdoba y Ciudad Real; como si el peso del granito repercutiese en su línea de flotación isostática.

El paisaje botánico de la gran porción septentrional andaluza tiene la austeridad castellana, que contrasta con la jocunda policromía bética. El olivo y la vid luchan con desventaja contra la encina. Los cereales quedan reducidos a términos imposibles de comparar con la panera campiñesa. Pero la dureza del medio, esa dureza con que la Sierra Morena trata a sus hombres, hace

a éstos duros a su vez para el trabajo, emprendedores, recios de carácter. Y si la tierra es ingrata en la superficie, alberga, en cambio, en sus entrañas el tesoro de sus minas, unas, como las de carbón, directamente relacionadas con los elementos litológicos del suceso, y otras, como los filones metálicos, consecuencia inmediata de la gran desgarradura a que tantas veces he aludido, la falla del Guadalquivir, y que hacen de las provincias de Jaén, Córdoba, Sevilla y Huelva la tetralogía minera de España. Yo os digo que la Sierra Morena realiza la síntesis más completa que se puede pedir, y que el Norte de la economía cordobesa, si ciframos los ideales en un consciente amor a la región y a la provincia, es fomentar la armonía entre la Sierra, la Campiña y las Sierras mesobéticas de Cabra, Priego, Jaén, etc. Esta armonía consiste en verticalizar la producción, asegurando un ciclo perfecto en el trabajo, desde las minas que fomentan la riqueza del subsuelo y crean industrias de transformación como ocurre en Peñarroya, hasta la Agricultura, que representa el otro extremo de un arco formado por todas las restantes industrias, más los saltos de agua que produciendo energía y recuperando, reconquistando para el riego tantos terrenos que lo han sido o que debieron ser de regadío, restablezcan el engranaje, que hoy no existe, entre la ciudad y el campo, transformando el suelo andaluz en la ansiada democracia rural que por tenerla Francia, no perdió la guerra, y por no tenerla España, no ganó las colosales empresas en que anduvo metida.

JUAN CARANDELL.



Córdoba en 1836

APUNTES Y RECUERDOS

VI

La residencia y aposentamiento de tan considerables masas armadas, en población tan quieta y silenciosa, y más entonces que al presente imprimía a nuestra capital desusada agitación y movimiento. La fijación en ella de las fuerzas carlistas parecía prueba de su preponderancia y triunfo definitivo en la contienda civil. Creeríanlo así no solo los que en ello tenían complacencia e interés, si no los humillados en el reciente vencimiento; a quienes, como a sus familias, hundía en incertidumbre y ansiedad continua la imagen pavorosa de un negro porvenir.

Los expedicionarios se consideraban por algunos días alejados y a cubierto del alcance de sus perseguidores. Llenaban nuestras plazas y calles aquellos guerreros mal trajeados, con variedad abigarrada de vestidos y colores, en gran número, sin la prestigiosa uniformidad de divisas marciales, y en los que, chaquetas y casacas, levitas y pantalones de varias telas y tinturas; sombreros, morriones, gorras y cascos, de procedencia diversa; galas obtenidas en las peregrinaciones, sorpresas y mero deo de las lides, presentaban una confusa mezcla y como una exposición teatral de disfraces, si ya no produjesen impresión seria, y reprimiese conatos de jovialidad, la fresca memoria de sus combates y acometidas frequentísimas, y el sello de agilidad, vigor y fiereza en el talante y gesto de aragoneses, vascongados y demás de la parcialidad rebelada y armipotente.

La caballería se alojó en las afueras de la ciudad. Los principales caudillos de la división tuvieron alojamiento en casas y con familias distinguidas: don Miguel Gómez, en la casa de los señores don Juan Manuel y don Andrés Trevilla, la cual casa guarda y dá a su plazuela el nombre de Don Gerónimo Páez. Don Ramón Cabrera, hospedóse en la no muy lejana del Conde de Zamora de Riofrío, en la plazuela de Séneca. A los salones

de la primera concurrían por las noches la oficialidad más caracterizada y la plana mayor. Tratábase de las noticias y servicios del día, y aún se divagaba en digresiones íntimas.

Parécenos curioso lo que oímos de boca de un canónigo, que como frecuentador de la tertulia ordinaria de la casa, se halló en una de aquellas reuniones accidentales en que había militares y clérigos. Dando Gómez por asentado a don Carlos en el trono de España, en no remoto plazo, dijo: «Tened por cierto, señores, que nuestro Rey, al ceñirse la corona, tendrá que adoptar ciertas reformas y economías, y que, apesar de su religiosidad intachable, habrá de lastimar con alguna, probablemente, al estado eclesiástico, cuya riqueza antigua no podría subsistir en nuestros tiempos.»—Prueba es esto de que en el mismo campo de don Carlos había gérmenes ocultos de un liberalismo innovador.

Procedióse por el poder militar y transitorio a nombrar autoridades y una junta de gobierno para favorecer la causa carlista, y sostener cierto orden material y administrativo en la localidad. Recayó la elección en personas, si con presunción fundada de su afeción política, de cierta significación social y de honrado nombre y precedentes. Designóse para Corregidor al abogado don Francisco Contreras, y para Comandante general a don Sebastián Fábregues, el héroe de Langeland en la guerra de la independencia, y ascendiente de los señores Valdelomar, hijo político y nietos, que han alternado con nosotros en amistoso trato, y figurado en distintas filas que el anciano Barón, en el campo de las letras y del periodismo.

Los miembros de la Junta instalada por Gómez, fueron, bajo la presidencia del Marqués de la Bóveda, don Antonio Sánchez del Villar, Dean de la Santa Iglesia Catedral de Córdoba, Vicepresidente; don Antonio Martínez, exclaustroado trinitario; el Marqués de Villaseca y el de Benamejí; don Simón Tadeo Pastrana, Prebendado de la citada iglesia; don Bernardo Fernández de Córdoba, exento que fué de guardia, y don Juan Olalla Sánchez, abogado a quien se dió el cargo de secretario. Los señores Marqueses de Villaseca y de Benamejí y Fernández de Córdoba tuvieron la prudencia y acierto de no presentarse, con lo que se eximieron de muchas posteriores amarguras.

Llamado el Ayuntamiento último del régimen absolutista, solo acudieron dos veinticuatro, supliéndose el vacío de los cargos con el nombramiento de sujetos no regidores, ni Jurados en la

época anterior, cuales fueron don Rafael Breñosa, don Joaquín Barrena y don Jose Vázquez Valbuena. Es de suponer que cierta violencia moral, aunada con declarada o supuesta simpatía, impulsasen a aceptar el compromiso de estos cargos, a los que no llegaron a eludirlos con facilidad y atinada previsión.

El 3 de Octubre y firmada en el cuartel general de Córdoba, expidió el que se titulaba Comandante General don Miguel Gómez, una instrucción circular de 14 artículos, en la que, después de un preámbulo con la fraseología y en los moldes del antiguo estilo, se ordenaba, bajo pena de la vida, reunir en el término de 24 horas los Ayuntamientos existentes en Enero de 1833, y que reconociesen la autoridad real de S. M. D. Carlos V de Borbón, dando parte inmediatamente de haberlo ejecutado. Los resucitados municipios podían excluir a los sospechosos de adhesión tibia al altar y al trono, y sustituirlos y asociarse, de entre personas eclesiásticas o seculares, las de arraigo y probidad, y tachadas o perseguidas por sus opiniones carlistas. Se ordenaba armar y reorganizar la milicia realista con exclusión de los individuos que hubiesen prevaricado; recogiendo para base de esta operación, armas, monturas y aun escopetas de los nacionales, bajo oferta de devolver las suyas propias a los dueños cuando lo permitiesen las circunstancias. Se reorganizaba la Justicia en lo posible, acomodada a la forma anterior al establecimiento de los partidos judiciales; se encargaba bajo las más severas penas, inquirir y avisar la aproximación y movimientos de las tropas revolucionarias, y se prescribía el resistirlas prudencialmente. Es notable el contexto del artículo décimo que literalmente decía:— «Se prohíbe absolutamente y bajo pena de la vida todo insulto personal de ninguna clase, pues que todos los habitantes de las provincias de mi mando no han de poder ser perseguidos, vejados ni molestados por sus opiniones anteriores a la publicación de esta instrucción, porque así es la mente de nuestro soberano cuya inmutable voluntad observan las tropas de sus ejércitos.»

En las restantes disposiciones se cargaron a los fondos propios de los Ayuntamientos o de los Pósitos, y otros ramos disponibles, los gastos extraordinarios e indispensables, exigidos por los servicios de actualidad. Se prohibían las asonadas, serenatas, canciones nocturnas y cuanto perturbase al común reposo. Se suprimía la policía, y a los Comandantes Generales se recomendaba la Ordenanza y Decretos vigentes recordando «los prin-

cipios de moderación, con que se distingue el Gobierno lejítimo de S. M.»

La voz imperativa de aquella dominación temible y efímera, produjo el natural efecto en la provincia, hasta en las poblaciones más sosegadas e indiferentes en la vida política y en la gran lucha entablada.

En el término de uno de esos lugares, y en una alquería de la sierra, se había refugiado un grupo de personas notables de Córdoba bajo la salvaguardia de la hospitalidad, y expresivas seguridades del colono y morador de la finca. Pero al recibir la anunciada instrucción, hubo aquél de decir a sus huéspedes:—Señores, ayer era yo comandante de los nacionales de esta villa, por haberse tenido en memoria mis humildes servicios en el ejército, y creía poder ocultaros, en un caso, en esos valles o cañadas. Pero hoy en virtud de estas órdenes, vuelvo a ser como hace tres años, comandante de realistas, y no sé lo que podrá pasar. Bueno será que ustedes se alejen de aquí.

Los emigrantes, a corta distancia, no tardaron, por ende, en mudar de bisiesto y de asilo.

La cercanía y presencia del ejército en Córdoba soliviantó a algunos pueblos. En Castro y en Baena se proclamó a Carlos V. A esta última villa se dirigió la columna liberal malagueña que mandaba don Juan Antonio Escalante; columna que en parte por su decisión, proezas y desahogos en Málaga, y fuera, en correrías propagandistas de la agitación del verano precedente, se había hecho no poco temer de realistas y aun de neutrales. A combatir a una fuerza que había castigado la rebeldía de Baena e impuéstole una exacción de miles de duros, salió el cuatro de Octubre la facción de Córdoba, en considerable número, y el seis, bien de mañana, llegó a aquella población. Retiró Escalante por escalones su fuerza protegiendo la caballería a los infantes, batiéndose las guerrillas y con pérdida de una tercera parte de los caballos y salvándose íntegra la infantería, a la que la facción persiguió hasta Jaén. La misma caballería dió dos cargas impetuosas que rechazaron Cabrera y Añón. Celebraron éstos, en sus partes carlistas, el haber aprisionado a cuatro compañías de guardia Real y acuchillado en la huida a francos y nacionales.

Dieron mucha importancia a este encuentro, como vencedores, aun peleando en terreno desventajoso.

La Junta rebelde publicó en 6 de Octubre un pomposo parte de la victoria, y manifestó a los cordobeses la dulce emoción que

sentía al verlos apresurados a inscribirse bajo las banderas de la legitimidad.

Para gastos del servicio, sin duda, pidió Gómez cinco mil duros al Cabildo de Nuestra Santa Iglesia. Ignoramos a cuanto ascendió la suma efectiva entregada de esta tributación. Pero sabemos que no fué la primera ni última que se exigió en este año a la muy ilustre corporación. Su tesoro, como el de otras de su clase, según alguien ha dicho, era una caja de ahorros o banco a que acudían en sus apuros los antiguos gobiernos de España.

VII

La aparente seguridad (indicamos anteriormente) con que el ejército carlista había sentado en Córdoba sus reales, y con la que se ocupaba en organizar a su manera los servicios públicos, para lo porvenir, parecía significar que contaba con la fuerza y el tiempo para plantearlo.

Dijérase que la tierra se había tragado a las tropas del gobierno constitucional, perseguidoras de la atrevida expedición. Obstruido se hallaba todo medio ordinario de lograr otras noticias; y el miedo y contentamiento lo harían así creer a los habitantes de nuestra población, tanto triunfantes como vencidos en la defensa. Y a ello contribuían las especiotas y rumores que se autorizaban, tales como que en uno de aquellos días iba a entrar en Madrid un grueso ejército carlista, mandado por un hijo del Príncipe pretendiente; que ya imperaba el mismo en Sevilla y Granada: que Cádiz, animado en el mismo espíritu, se les uniría bien presto: que entronizado el Rey legítimo, se dotaría con algunos millones a la Reina viuda para que fuese a vivir en nuestras Antillas, y que se establecería el Tribunal de la Fé en los dominios de España. Con tales invenciones se daba pábulo a la esperanza y a la pasión política.

Algunos voluntarios y alistados en determinados pueblos que se declararon por mensajes o alzamiento como adictos a los carlistas, o se recogieron para sus filas, aumentaron las de la expedición, especialmente en el arma de Caballería. Créese un batallón que se denominó de *Córdoba*, y utilizóse gran número de uniformes y armas del anterior despojo. Quizás pasaron de mil estos agregados a la facción, que por la celeridad con que se incorporaron y su falta de instrucción y disciplina, tal vez

servieran más al barullo y la apariencia, que a un acrecentamiento de fuerzas valederas y efectivas.

El 6 de Octubre se hicieron honras fúnebres por el alma del Jefe Villalobos, muy sentido por su pericia y bravura. A poco de caer herido mortalmente, su cadáver había sido llevado al Hospital de la Caridad, plazuela del Potro, hoy Escuela de Bellas Artes, y sepultado despues en un patio interior del establecimiento. Fueron muy solemnes y concurridas estas exequias en el crucero de nuestra Santa Iglesia Catedral. Asistió mucha tropa y toda la oficialidad carlista, en la que se distinguían varios sujetos, cuyos nombres perpetúa la historia de aquella guerra civil, ocupando asientos del presbiterio: y en ese recinto, donde han orado y celebrado el Sacrificio Santo, tanto sacerdote insigne en virtud y letras, no faltó entre los guerreros advenedizos el bandolero Orejita, cuyos servicios a la causa le proporcionaron tan inesperada honra. El Vicario general Castrense del ejército expedicionario, pronunció la oración fúnebre con tonos muy vivos de execración contra los causantes de la muerte del gran soldado, adalid del altar y el trono, mezclados a las piadosas preces por el descanso eterno de la llorada víctima.

Ni fué esta la sola vez que acudió al templo la belicosa hueste que blasonaba de fiel al culto y de creencias católicas. Después de la toma del Fuerte se había cantado un Te-Deum, himno santo de regocijo que coronó la demostración popular de obsequios a las tropas, juntamente con las iluminaciones del vecindario durante una semana. Y ahora, con motivo del choque y corta acción de Baena, se asistió a otro Te-Deum en acción de gracias por el que se celebró como glorioso triunfo.

En la noche de este día dispúsose a salir la división carlista, y trasladados los prisioneros nuevamente al Fuerte desde San Cayetano; una parte de aquella se dirigió desde luego a Montilla, y otra con los realistas y alistados recientemente siguió a la mañana del otro día, conduciendo a los prisioneros al mismo punto. Antes de salir prendieron fuego al fuerte, y desguarnecido y franqueado al paisanaje, la turba trató de rebañar las reliquias del despojo anterior y no pocos del país, agregados a la flamante milicia, se lisonjeaban con la esperanza de hallar ocasión de botín y saqueo en nuevos lances de guerra, en visitas hostiles a otras poblaciones, Gómez marchó asimismo con el propósito de reunirse a Cabrera.

Nuestra capital quedó sin fnerza armada de ningún bando;

afligida y sin gente; solitaria, como la que lamentó el profeta. El temor y el llanto acongojaban a todas las familias. Una gran parte de los hombres útiles se hallaban prisioneros o fugitivos. Por la falta de toda autoridad y material apoyo, eran de temer nuevos desórdenes, a que se presumía arregostada la hez popular y marcial con ellos envilecida.

En estos momentos, con la base de algunos concejales, no heridos ni ahuyentados por la tempestad, se reunieron en la tarde del 7 de Octubre, en la casa consistorial, varios vecinos honrados y celosos. Procuraron antes de todo, y lograron apagar el fuego del Fuerte, lo que con la material ayuda de personas bien intencionadas se realizó silenciosamente sin alarmas ni campaneos. Se adoptaron algunas medidas para mantener la tranquilidad, la custodia de la cárcel y la recaudación de algunos arbitrios recorriendo la población patrullas de vecinos considerados y respetables. En esta especie de régimen improvisado aparecía algo de lo rudimentario y teocrático de las asociaciones primitivas. Dábale este tinte particularmente el personal influjo del canónigo Doctoral don Andrés de Trevilla, hombre de gobierno, muy expedito en algunas de sus esferas. En tales circunstancias los resortes del mando y las necesidades perentorias se encerraban en límites muy estrechos.

En la excursión primera y forzada de los prisioneros a Montilla, comenzó la inhumanidad y a desenvolverse la feroz crudeza de malos tratamientos a que se les sometió. Tres nacionales fueron sacrificados en esta jornada.

En aquella noche, el Coronel don Andrés Cuéllar, caballero vecino de Castro del Río, por antecedentes y conexiones de su carrera, relacionado con varios jefes carlistas, pero de moderado temple y honradas miras, tomó la generosa iniciativa de promover y gestionar el canje de los prisioneros, asociándose para ello otras personas de sus ideas. De sus resultas llamó Gómez al Juez de primera instancia, que se encontraba en tal cautividad, don José María Trillo, y le encargó de ir al cuartel general de don Isidro Alaix a hacerle la propuesta correspondiente. Por su representación, talento y tacto, juzgó Trillo indicado para aquella misión: pero la excusaba él con insistencia, tratando de declinarla en el Jefe político don Esteban Pastor, que también había sido militar, y por su categoría en lo civil parecía el llamado a tan árdua diligencia. Pero al cabo, uno y otro, hubieron de aceptarla. Llegado que hubieron a la presencia de Alaix en

Alcalá la Real el 12 de Octubre, expusieron con eficacia el deseo y encargo, objeto de su marcha, y sus quejas de que a los resistentes a los carlistas en Córdoba se les considerase como prisioneros comunes y se extremase con ellos la dureza. La que mostró el general de la Reina negándose a toda convención y canje, no hubo medio de vencerla: y decíase autorizado y prevenido por órdenes e instrucciones explícitas del Gobierno para obrar con este rigor. También Gómez anteriormente se había escudado con la voluntad superior a que servía, para tratar a los rendidos en aquel concepto, si bien prometió a los señores Pastor y Trillo suavizar la manera de tratar aquellos, de lo que los comisionados se quejaron amargamente. Esta promesa no tuvo cumplimiento, y uno y otro caudillo, por distinto motivo, contribuyeron a las penalidades y martirios de los cordobeses en aquellos días.

En Alaix, frío a la compasión de esta desventura, tal vez obraba el interior despecho, por el enemigo que parecía prosperar y le burlaba, y creía, quizás también, que se tornaría en circunstancia para él favorable, el que la impedimenta de los prisioneros embarazase la marcha y movimiento de la hueste ágil que perseguía.

El éxito anhelado ahogaba todo afecto de humanidad, como en las guerras sucede frecuentemente. Acaso Gómez se había mostrado más propicio y dócil a estos buenos impulsos, y la negativa y actitud de su contrario le exasperó o volvió indiferente con respecto a los infelices aprisionados. Pero su intención benigna aparece comprobada por las papeletas de rescate que previno impresas, y de las que conservamos y tenemos a la vista una del tenor siguiente:

«Concedo libertad a don... vecino de... prisionero en esta ciudad para que vuelva a su casa y domicilio bajo la protección de las Autoridades, que responderán con su persona y bienes si no le defienden de todo insulto de palabra u obra: el que sea paisano no podrá tomar las armas bajo ningún pretexto durante la presente guerra, y el que sea militar tampoco, mientras no sea canjeado; en el concepto que unos y otros quedan sujetos, no sólo a las penas de ordenanza, sino a otras que le impondré en el caso de contravención.—Cuartel general de Córdoba, 13 de Octubre de 1836.—*Miguel Gómez*».

Malogrado así el conato de templanza, prevalecieron, por desconocida causa, las sugerencias fatales de las iras de partido, o

la mano misteriosa y providencial que anuda y desenlaza a su albedrío los acontecimientos que la Historia se esfuerza en anotar para el estudio de las generaciones venideras.

VIII

Llegamos ya en la serie de nuestras descosidas narraciones a tocar el punto más doloroso que nos ofrecen estas reminiscencias tristes: al durísimo trato, a las violencias con que se atormentó a los prisioneros de Córdoba, sin respeto a las convenciones de su entrega, contra todo derecho y toda compasión, con proceder indignos de gente culta, y faltando a los principios más elementales de la religión y la humanidad.

Las marchas aceleradas y perdurables; las contramarchas continuas de los errantes expedicionarios que arrastraban a remolque a los míseros y cautivados defensores de la Reina y de los propios hogares en esta ciudad, fueron para ellos ocasión de torturas indecibles. Entre los condenados a aquel vértigo de movimientos y forzadas caminatas había ancianos, individuos valeducinos o achacosos y de vida sedentaria y pacífica. A unos había llevado a la escena del peligro el compromiso y la obediencia. A otros el deseo de reservarse, más que de combatir, fascinados por una ciega confianza.

A muchos o casi todos, al tiempo de la entrega y el desarme se les había arrebatado el dinero que consigo tenían y con especial empeño, zapatos y abrigos. Tras este despojo se les llevó al convento extramuros de San Cayetano, y se les hicieron en su templo, donde no podían rebullirse y estaban codo con codo, sin espacio para un mal descanso en el suelo, sin holgura ni medios de satisfacer fuera necesidades apremiantes, compelidos a manchar y profanar con desacatos e inmundicias las aras de Santa Teresa y San Juan de la Cruz.

Con esta preparación de descanso negativo se les empujó pocos días después a emprender el camino incierto y prolongado. Las puntas de las bayonetas, o el golpe contundente del sable eran la espuela y acicate con que pretendían avivar el paso de los viandantes abatidos, sus fieros custodios y conductores. Y no hay ponderación, ni prurito de pintura trágica y romanticismo sombrío en estos recuerdos. Los conservan todavía muchas personas existentes. El que fatigado se retrasaba un tanto, el que con la planta de los pies ulcerada se detenía resignado

al sacrificio, quien se agachaba un instante para librarse de la piedrezuela que al paso lo hería, quién amagaba a separarse un corto trecho de la senda común, era fusilado sin piedad. El martirio presenciado por los demás compañeros de azarosa peregrinación, les era aviso de muerte próxima y causa a la vez, al ánimo compungido de terror, indignación e ira.

Los que luego, al cabo de algunos meses pudieron volver a sus hogares, referían pormenores horribles, Sobrefatigados se les cargaba con el peso de varios fusiles. Por economizar pólvora y balas se sustituyeron para algunos infelices, despeados, como final suplicio, las pedreas: renovando para el caso el martirio y lapidación de San Esteban. Al eclesiástico llamado el P. Pulido, como por este carácter sacerdotal se impetrase consideración e indulgencia, le asesinaron y machacaron con una peña la corona. Al borde de las veredas o en las hondonadas laterales recibieron a bayonetazos la muerte otros desdichados. En algunos días se amansaba esta furia, que por el contrario se obsevaba ser más cruel, cuando cuerpos de las facciones aragonesas y valencianas se encargaban en la escolta, o cuando se escogían para el sacrificio personas distinguidas. Una de estas cruentas escenas ocurrió en el camino de Villaharta a Pozoblanco. El pundonoroso, comprometido y valiente Coronel Villar fué herido a golpes de bayoneta con particular sevicia, ultrajando dolorosamente sus canas venerables. «¡Así se mata a un militar como yo!» exclamaba en las ansias de su agonía. La glacial indiferencia o impotente voluntad de los oficiales no contenía el instinto bestial de las mal subordinadas fieras. Podía aplicárseles la frase del historiador Melo, en ocasión parecida: *La crueldad era deleite; la muerte entretenimiento.*

Se aseguraba que a la postre de estas correrías habían succumbido más de cien personas. En dos cuadros murales y en sitio distinguido del Palacio municipal de Córdoba, se han podido leer desde entonces despertando lúgubre remem.anza, los nombres siguientes, en una de las lápidas monumentales: José Beltrán de Lis, Manuel Repiso, Francisco, Joaquín y Vicente Fernández, Rafael Cortellón, Rafael Villa Real, Diego Alcántara, Manuel González, José Labadense, José Rillo, Juan y Diego López. Y en la otra tabla, o losa conmemorativa, Bernardo y Miguel Márquez, Francisco del Villar, José Domínguez, Isidoro Ramírez, Rafael Anguita, Diego Rodríguez, Mariano Montilla, Antonio de Luque, Ra-

món Cuevas, Francisco Bastardo Cisneros, Miguel Martínez Contreras y Pedro González.

Los enunciados B. Márquez, Cisneros y Contreras no pertenecen a las víctimas de 1836; y falta la mención de algunos menos conocidos en nuestra capital, hijos de otros pueblos y sacrificados en aquella carrera de dolores y angustias. Menos atormentados en el cuerpo que en su espíritu, tuvieron el triste privilegio de apurar todo el cáliz de amargura don Jose Beltrán de Lís y don Miguel Cabezas, que no alcanzando la libertad que se dió a los otros prisioneros, llegaron con la expedición de vuelta al país vascongado, y allí sucumbieron a sus trabajos y pesadumbres.

Los que por su entereza y robustez personal salvaron su existencia en la funesta correría, no se eximieron de otros apuros y congojas. A los prisioneros de Córdoba, en los primeros días de cautiverio, llegaban a duras penas los socorros y alimentos que les enviaban sus solícitas familias, y de que sentían una absoluta privación los forasteros, con quienes los primeros tenían que compartir tales auxilios caritativamente. Cuando de las casas se enviaba este sustento, era difícil sobre manera encontrar en la confusión de la apiñada muchedumbre la persona a que se destinaban, y evitar que lo recogieran manos extrañas de ayunos e impacientes. Muchos, y por largas horas, tuvieron que someterse a dieta forzosa.

Algunos con la resolución de la juventud, y a riesgo y ventura, consiguieron evadirse. Tales hubo que por azar afortunado recibieron una descarga alta disparada por manos compasivas, en simulacro de fusilamiento. Los nacionales Cobalera, y Las Heras, fueron de los que, distinguidos con este favor providencial, pasada y alejada la facción, pudieron levantarse agradeciendo a sus santos protectores la prolongación de la existencia. El segundo de los nombrados, sacristán de la parroquial de San Pedro, celebró posteriormente todos los años una función religiosa en acción de gracias a Santa Teresa el 15 de Octubre, aniversario del milagroso escape.

El otoño, con sus frescos vientos, sus pardos celajes y primeras lluvias, difundía un velo de tristeza, harto conforme con la sentida en la atmósfera social. Hacía sentir las molestias del desabrigo a los cuñados presos, que si recibían ropa y calzado, era buena suerte salvarlos de nuevas espoliaciones sin tener que

repetir una o más veces la demanda a los parientes o amigos afectuosos.

Las raciones que durante la marcha se les daban, eran en crudo, y sin facilidad ni medios de aderezarlas. Algunas familias, cuando los prisioneros estaban a su alcance y menor distancia, no alcanzaron a verlos. Para todos, la entrevista era cosa árdua y poco asequible. Pasadas las jornadas primeras, a muy contadas personas, y bien a su costa, se les toleró el consuelo de llevar una bestiezueta que aliviase la fatiga del doliente o el anciano.

En uno que en otro punto de los descansos de la división, en su irregular carrera, se dió libertad a algunos prisioneros. La suerte de ellos era entonces motivo de aflicción y excusable envidia para los que no participaban de tanta dicha, condenados a seguir gimiendo en el errabundo cautiverio.

La villa de Pozoblanco fué una de esas estaciones en que a buen número de ellos se dió soltura. Al respirar allí, con algún reposo, el aire anhelado de la libertad, recibían en demostración de simpatía reparadora, albergue, vestidos y alimentos, con que les socorrió el misericordioso vecindario. La población adquirió el noble timbre de hospitalaria, y sus hijos y moradores ganaron meritorios títulos a la perpétua gratitud del país por su esmero en prodigar consuelos y socorro a las víctimas de la aflicción reciente, levantando su espíritu con una acogida bondadosa. ¡Conducta en verdad loable, y digna de pueblos industriosos y morigerados!

IX

En la soledad en que Córdoba quedó por la ausencia de las tropas carlistas, y de sus prisioneros, sin aparecer las de la reina; aquella inquietud medrosa no excluía cierta alarma latente por la posibilidad de nuevos desmanes, sin fuerza armada de ningún género para contenerlos.

Así en las primeras horas de la tarde del mismo 7 de Octubre, llegó la vaga noticia de que Orejita u otro partidario destacado de lo grueso de la facción se aproximaba a la ciudad y pensaba racionarse en ella.

Con el intento de prevenirlo y evitar temidos accidentes, varios diputados de la Junta provisional de gobierno, con laudable determinación y serenidad de espíritu, salieron a esperar a aquel

partidario en la puerta Nueva. Se encargaron de esta Comisión Don Rafael Pedro Villaceballos, el canónigo Magistral Don José Garrido y Portilla y Don Mariano Esquivel, presbítero también como el señor Garrido. Más no llegaron a ver ni recibir al que en aquella dirección aguardaban, y sí averiguaron que había salido, sin detenerse, con unos cincuenta caballos por la puerta del Puente, como avanzada exploradora de la división de Alaix, que pudiera acercarse por la parte del norte.

Gómez, con la hueste carlista, había impreso su planta más o menos apresuradamente en Montilla, Baena, Cabra y Priego. No le seguiremos en su visita a estas y otras poblaciones de la provincia. Sabía que el General que le perseguía, se le acercaba por Alcalá la Real y Alcaudete, y de allá contramarchó para Córdoba. Cerca de Cabra tuvo un encuentro la facción con un destacamento de Carabineros, del que algunos quedaron muertos en el camino; y durante el cual combate, los prisioneros estuvieron guardados en un olivar próximo.

La facción regresó a Córdoba en la tarde del día doce, y se la recibió con repique general de campanas. Al día siguiente, Gómez, con el fin de acrecentar sus filas, llamó a todos los mozos bajo pena capital y en el término de seis horas. Para esta fecha tenía dispuesta la soltura de nacionales y prisioneros, al menos en gran parte, según vimos, sin que acertemos a denunciar el interés o mal consejo que le apartó, arrepentido, de llevar a ejecución su buen designio. Sintió, sin duda, rubor de aparecer más blando y compasivo con los aherrojados liberales, sus enemigos, que lo que había demostrado serlo, el General Alaix, correligionario y amparo de ellos; que desdeñó el canjearlos, duro e indiferente a su infortunio, según expresamos, por despique injustificable o por táctica diabólica.

Por aviso de amigos, de Castro del Río, supo Gómez en aquel día que la división de Alaix se dirigía a Córdoba. La noticia inquietó a los carlistas y produjo la agitación consiguiente a los preparativos de una pronta retirada. Con pena pecuniaria se ordenó al vecindario iluminar las casas reforzando el alumbrado público. Notábase el apresuramiento con que buscaban bagajes, y blasfemaban desesperados, si no atinaban con las calles de su dirección, o se detenían erradamente en alguna ciega y sin salida; pues todos buscaban la de la Ciudad a la Sierra y la puerta del Rincón. En la madrugada del día 14 ya estaba la tropa carlista acampada en las primeras colinas de la Sierra

y Campo de la Merced; y los prisioneros su inseparable comitiva, guardados en el exconvento de la Arrizafa. A las dos de la noche llegó la división perseguidora a las Ventas de Alcolea, donde por espacio de una hora larga descansó. Avanzando seguidamente, como a dos millas de la capital, sus avanzadas encontraron otra carlista de lanceros; y, aunque sorprendida, pudo escapar huyendo. Tocando ya en los muros de Córdoba, a las cinco de la mañana, algunas descargas ponían en movimiento a los últimos y más rezagados de la facción, o hacían blanco en los realistas, recientemente conscriptos, cuyos grupos habían sus jefes colocado caritativamente en primera línea, expuestos al primer choque de las tropas de la reina.

Del paisanaje alistado en las filas rebeldes, muchos no habían acudido a la última llamada, o por asco a la disciplina marcial, y a correr y combatir mal de su grado, o por la golosina del saqueo y desorden en nuevos y probables incidentes.

Pero costoles cara la intención aviesa. Los de Alaix, al penetrar en las calles de la población, y muchos, cubriendo con boina su cabeza, solían dar el *¡quien vive!* a los que con armas o sin ellas encontraban, y al responder naturalmente, *Carlos V*, engañados por la apariencia, eran heridos y golpeados. Con este ardid pérfido maltrataron a pobres ignorantes de lo que ocurría, vendedores en la plaza, o que acudían al mercado a hacer sus provisiones en las primeras horas; y hasta mujeres que desprevénidas o víctimas de tal añagaza, respondían con la peligrosa frase, a que eran provocadas insidiosamente.

La división de la reina fuese apoderando, al fin de toda la ciudad, y uno de los regimientos recogió cantidad de víveres, armas y caballos de la facción, la cual hubo de perder sobre unos trescientos hombres en esta sorpresa. Creyose entonces que una buena parte, si no la totalidad de aquella fuerza, pudo ser apresada por Alaix, a haber él andado más activo, o tener más propicia la suerte de la guerra, que se obstinaba en desairarle a la sazón, como había escarnecido al táctico Rodil con sus *paralelas*. La gente de su cohorte, con la relajación de la disciplina, que las circunstancias habían traído; en su vagar, en los alojamientos, en su trato y encuentros con las gentes, trató a la población como país conquistado y enemigo. La dureza de su porte y lenguaje dejó triste memoria. Ni personas ni cosas se consideraban seguras. Comparábasele después con la más vitanda y desastrada de las facciones carlistas. Punto fué este en el que

concordaban los dos partidos políticos. La soldadesca y tal vez su caudillo, querían, por lo visto, vengar en los pacíficos moradores de Córdoba, que habían esperado su advenimiento, la desgracia y desafuero que los mismos vecinos habían padecido.

Alojado el general Alaix en el palacio de los señores Duques de Almodóvar del Río, hoy residencia del Gobierno Civil, allí fueron a cumplimentarle la corporación municipal y otras, y las autoridades legítimas reconstituidas en la forma que la situación permitía. El Cabildo eclesiástico acudió en su totalidad personal. El general se dispensó de toda atención con el muy ilustre cuerpo, no brindando con asiento a los señores capitulares, y antes bien, sin preámbulo ni circuloquios díjoles con suma concisión y desabrimiento:—Señores, me consta que ustedes han contribuido a traer y dar aliento a la facción. Les ordeno que sin demora ni excusa me entreguen la suma de veinte mil duros.—A tan imperante insinuación calló y nada opuso el Cabildo. Retirose cabizbajo y aprontó el contingente a la mayor brevedad. Algún individuo se felicitó en sus adentros de que el general, africano de origen, no hubiese imitado la extraña dulzura con que Godinot trató a un ungido del Señor, en la dominación francesa, aterrando a esta ciudad.

Si lo cortés no quita a lo valiente, según el proverbio castellano, aquí la urbanidad no corrió parejas con la valentía, que nadie negó al caudillo de la reina. Y su modo de enjuiciar no fué más razonable. La facción no vino a Córdoba, sino por los accidentes no calculados de la guerra. Si fué simpática para algunos individuos, si objeto de amor platónico, ni la voluntad, ni la prudencia pudo inducir a la conjuración, a aquel cuerpo, en el que los más contemplaban pasivamente los acontecimientos, y en el cual había personas nada reñidas con el reinado de Isabel II y su Regencia. La exacción al Cabildo hubo de repartirse, según se dijo, entre los cuerpos del ejército que visitaba a nuestra capital.

La preocupación con que Alaix y sus tropas consideraban a Córdoba facciosa y rebelde, sin exceptuar a los mismos sacrificados en la ocasión, fué causa de que algunos soldados, mezclados con la plebe soez, maltratasen a vecinos, y saqueasen sus casas. Noticioso de ello el general, ordenó que hubiese patrullas, y aplicó la pena de muerte y la de carreras de baquetas a dos soldados que delinquieron.

Si quedan por lo común impunes tales crímenes en los mo-

vimientos tumultuosos, estos individuales castigos justifican, por lo menos parcialmente, a los que ejercen la autoridad. Relacionada con estos sucesos fué la pena de muerte por fusilamiento, que el montillano, prófugo de Córdoba, Rafael Díaz, sufrió en 10 de Enero de 1837, en Sevilla, frente al campo de Marte, orillas del Guadalquivir, por fallo de la Comisión militar ejecutiva, que probó a aquel desdichado haber sido uno de los que franquearon las puertas de Córdoba a la división carlista, y tomado parte en el saqueo de algunas casas por la desbordada muchedumbre.

La ingrata memoria que aquí dejó Alaix, cuyas tropas, cuando menos, se asimilaban en los desmanes a las que perseguía, nos trae a indicar algo de su persona, que legó tales pruebas de aspereza genial.

Don Isidro Alaix nació en Ceuta, en los últimos años del siglo anterior: casi hace ciento. Entró a servir de simple soldado en el ejército español, y se distinguió por su bravura y comportamiento en América, peleando por los derechos de su patria, hasta perderse la última tierra de nuestros dominios en aquel continente. En el servicio fué ganando sucesivamente grados y ascensos hasta ceñir la faja de general. Compartió en la península honras y méritos con muchos bizarros oficiales de igual procedencia, y debió grande estima a don Baldomero Espartero, tan preclaro en nuestra historia contemporánea. Tal vez el aire de los campamentos, cierta rudeza y contrariedad en los últimos hechos militares, pudieron provocar la irascibilidad y despego, que en aquellos días alejaron de él la afición de los cordobeses, y no elevan su memoria a la altura de sus merecimientos.

X

La Junta de gobierno provisional habíase acrecentado en su número con la representación, de muchas clases del vecindario, contribuyentes y profesionales, en sustitución del municipio; y delegó en otra de cinco individuos las funciones ejecutivas para el más expedito despacho de los asuntos de su inspección.

Era uno de ellos proveer al frecuente alojamiento y alimentación de las tropas. En la tarde del 15 llegó la caballería de nacionales de Sevilla, al mando del General Butrón, que se formaron extramuros desde la puerta Nueva a la de Baeza y en la plaza Mayor. El siguiente domingo concurren a la misa en la

Catedral, celebrada en el altar del Punto, los Húsares de la Princesa con su coronel Brigadier don Diego León. Sus brillantes y vistosos uniformes, sus mantos o capas blancas que les asemejaban a los antiguos templarios, la faz curtida por el aire de la campaña, la persona del bizarro jefe, al que su marcial gallardía, el triunfo reciente y el amor del suelo natal atraían simpática admiración, fueron en tales momentos causa del general prestigio. Y ¿quién sabe si serían estos también los últimos en que el Capitán egregio respiró el aire grato del hogar donde se nació su cuna, y de las aulas cercanas donde comenzó su educación, y en las cuales aún subsistían algunos de sus maestros? Cinco años más tarde, en el mismo mes y casi en los mismos días, sucumbía víctima de nuestras discordias, severamente castigado con la pena capital, por la legalidad imperante.

Antes y después visitaron nuestra población diversas tropas del gobierno: nacionales de Sevilla y Cádiz y la división del General Rivero. En algún intervalo en que no había ninguna, el 13, se atrevió a entrar y pedir raciones para su destacamento de unos veinte lanceros, que mandaba, con cierto exguardia de Corps, el carlista aventurero Manuel Jurado. Entró en la sala capitular y sorprendió su osadía a los que allí estaban, o a su encuentro allí se acogieron impensadamente. Pero asustado él mismo de su audacia, sin detenerse salió de la población, engreído probablemente, por haber acometido una proeza en que se parodiaba la de Pérez del Pulgar, al plantar el *Ave María* en Granada; salva la distancia de la hazaña y del soldado.

No vamos a seguir en sus movimientos a la división carlista, ni a los liberales sus perseguidores. Quede a la Historia nacional basada en serias investigaciones recoger y guardar cuantos datos sean de común interés con relación a aquellos hechos, y a los que acaecieron en la correría de Gómez por la Mancha, Extremadura y su regreso a la Andalucía; hasta que alcanzado hacia Ronda y Alcaudete, la rápida marcha y genial energía de Narváez consiguió causarle un descalabro y prepararle un golpe decisivo, expulsando al hábil expedicionario, y determinando su vuelta a la corte del pretendiente. Antes se le habían separado las fracciones aragonesa y valenciana.

Las autoridades volvieron a Córdoba en el último tercio del mes, a excepción del jefe político, a quien por orden del Capitán General reemplazó en el desempeño de su cargo don Matías Guerra. Por entonces, o algo después, fué nombrado Comandan-

te General de la provincia el Brigadier don Sebastián de la Calzada. Así fué restableciéndose el estado normal y ordinario que precedió a estos sucesos.

Después de los felices encuentros de las tropas de Rivero y Narváez con las de Gómez (indica la Historia de España de Lafuente continuada por Valera) pudiera toda la expedición carlista haber quedado prisionera o disuelta irrevocablemente, si no hubiese salvado sus restos la sublevación de las fuerzas de Alaix, y algunas horas consumidas en el motín de Cabra. En esta insurrección dió aquella tropa nueva prueba de su indisciplina, que alentó la deplorable emulación de los jefes militares, según imparcialmente se cuenta en el libro 6.º, capítulo 2.º de la Historia mencionada.

Y hora es ya de terminar estos apuntes. En lo que concierne a lo político y militar, dan mucha luz los historiadores generales y contemporáneos de la nación, como Pirala, Burgos, Bermejo y algunas memorias auto-biográficas. En las menudencias más interesantes y concretas a la época y al teatro de los sucesos, bien que susceptibles de ampliación y rectificaciones, hemos utilizado notas propias, y las recogidas por Ramírez Casadeza y Díaz Morales, o documentos oficiales de uno y otro bando. No había entonces aquí periódicos; ni del único, el *Boletín Oficial* de la provincia, hallamos completa la colección de aquellos meses en el archivo municipal. El desbarajuste y el trastorno debió llegar a todas partes.

Si creímos curiosa un tanto la divulgación de estos recuerdos, hemos suprimido calificaciones, especies y juicios formados bajo la impresión candente de aquellos días. Ni fuera nuestro designio al cabo de tantos años avivar pasiones y sentimientos felizmente adormecidos, pero que en nuestros días juveniles nos dejaron profunda huella. En los tres últimos meses de 1836, tocó a estas provincias meridionales ser la escena de occidente de una guerra que con más sangriento empeño se había extendido en las del Norte y Levante. Pero este refilón y ráfaga tempestuosa, dejó aquí rastro de lágrimas y de sangre y muerte sobre el menoscabo de la riqueza pública y particular, valuado en algunos millones de reales. No es fácil computar a lo que ascendieron los caudales públicos, los de particulares acaudalados, la plata de las iglesias anteriormente recogida por el gobierno, los bienes de señoríos en administración, los almacenados y del comercio

y cuanto fué presa en la invasión hostil y cayó en manos de la plebe desenfrenada.

Cada familia y cada persona pudo grabar y conservar un registro de sus singulares infortunios, como en los días de 1808 y 1823; o cuando el tronar de la artillería ha interrumpido el silencio y sosiego de esta población, dormida de ordinario en apacible calma.

Hay quien afirma que la defensa de Córdoba, y el halago del triunfo y del botín cuantioso fué, a costa de ella, útil a la causa del trono constitucional; dando tiempo para preparar la organización y la defensa a otras importantes poblaciones de Andalucía. Hasta la mala elección del recinto fortificado se coonestó con el ejemplo del ejército francés que en la dominación napoleónica lo preparó alguna vez a este destino; y a cuyo precedente se atuvo el gobierno del trienio constitucional más tarde, al aprestar sus armas la milicia nacional contra Zaldívar.

Si el éxito y triunfantes bríos hubiesen coronado la defensa de los cordobeses, habríanse olvidado errores e imprevisiones; que no más aparente sensatez, abona el sacrificio de la inmortal Numancia, desafiando a Roma *sin torreones* ni muros; ni a Zaragoza en este siglo en su heroica resistencia al poder de Francia: no menos *desmurada y desguarnecida*, ella, según frase de un elegante historiador. Con la falta de empuje del sentimiento común, no es mucho que el éxito y la gloria se alejasen del belicoso trance, aflictivo para esta capital, y que dejó trazadas líneas de sombra y luto en sus anales.

Lastimó a la generalidad de nuestros compatriotas, ya entibado el calor de los afectos políticos, y tras el padecer de todos, la suerte amarga de algunos individuos de la Junta nombrada por Gómez. Después de ser arrastrados, por decepción y errores, en la carrera de la facción carlista, al tratar de salvarse, fueron apresados en una lancha frente a Algeciras, en sus aguas, el 28 de Noviembre, y juzgados en consejo de guerra. No sabemos, en verdad, que aquellos desgraciados señores hubiesen inferido a nadie agravio por hechos particulares fuera de la opinión, que les hizo figurar tristemente en la escena pública. De alguno de ellos que nos fué conocido por su grata sociabilidad e inofensivas costumbres, sorprendió el verle envuelto en tal aventura, por sospechase antes su decisión política ni creerse tuviera parte en conjuras secretas.

Circuló por acá un dictamen fiscal, dado en el Consejo de

guerra, firmado en Cádiz en 18 de Enero de 1837, por don Pedro Menéndez Amaya. Fué el Comandante general de Cádiz, que también lo hubo de ser en Córdoba, don Pedro Ramirez, anciano y arriscado militar, quien mandó formar este consejo. En él se hicieron cargos a los señores Sánchez del Villar y Pastrana, Canónigos de Córdoba, y al abogado señor Olalla Sánchez, por haber sido individuos de la Junta carlista, y seguirla en su retirada con caudales y papeles de su pertenencia, siendo presidente el primero y secretario el último. Se inculpó al Deán de haber aceptado tal presidencia, y en su ejercicio firmado proclamas, cuando pudo excusarlo, no presentándose, a ejemplo del Conde de Villanueva. Expusieron los acusados en su defensa haber sido compelidos por Gómez con pena de la vida y confiscación de bienes. Al dictamen fiscal que citamos no acompañan los documentos y defensas de los procesados, que pudieran atenuar el juicio de su criminalidad política, si bien se alude a la habilidad y sutileza del abogado defensor. Los tres que se calificaron de traidores, si se salvaron de la pena capital, fueron a arrostrar y abreviar una vida de dolor, a tres mil leguas de su patria, en inclemente suelo, en edad provectora, desmedrada su salud y abrevado el corazón de acerba tristeza.

Tal cúmulo de males y amarguras, sugiérenos nuevos argumentos para detestar las guerras civiles: esas lides fraternales y horrendas, en que la ley se subyuga a la iniquidad: *jus datum sceleris*, al decir de Lucano, nuestro inmortal compatriota.

F. DE B. PAVÓN.



PROCEDIMIENTO EMPÍRICO

para determinar aproximadamente las distancias de los planetas al Sol, y los tiempos de su revolución al rededor del mismo.

Conocida es de todos la famosa ley empírica de Bode, cuya expresión es $d = 0,4 + 0,3 \times 2^n$, en la que para valores enteros de n , desde cero hasta siete, nos da las distancias de los planetas, desde Venus a Neptuno, siendo para el valor $n = 4$, el que corresponde a la distancia media de los asteroides. Dicha fórmula presenta grandes errores, como veremos después.

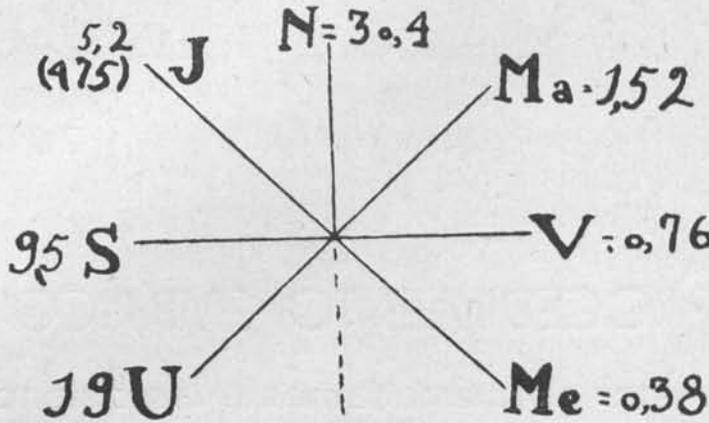
Posteriormente el astrónomo italiano G. Armellini, ha dado una fórmula exponencial, $d + 1, 53^n$, que para valores de n enteros y comprendidos entre -2 y $= 8$, da las distancias aproximadas a los planetas, así como de algunos asteroides escogidos convenientemente. La correspondiente a $n = 6$, ha sido designada (vacante) por no corresponder ni a ningún planeta ni a ningún asteroide.

No solamente no tratamos de quitar importancia a estas reglas empíricas, sino que las creemos de un mérito extraordinario, sobre todo la segunda, a pesar de sus errores, como más adelante veremos.

La que hemos deducido, por combinaciones entre las diversas distancias, es desde luego muy fácil de recordar; los errores en conjunto más pequeños, y se obtienen las distancias de una manera fácil y rápida.

Siendo 1 la distancia de la Tierra, prescindiendo de ella, dejamos reducida la regla a los siete planetas restantes.

El método, que es el siguiente, lo hemos denominado del número 19, por ser las cantidades que se obtienen, múltiplos y divisores de dicho número.



Se traza una radiación de siete rayos, escribiendo en uno de ellos (en el superior) la letra N, o sea Neptuno. Después de derecha a izquierda en sentido circular, se colocan las iniciales de todos los demás planetas, desde Mercurio a Neptuno. (Desde luego se prescinde de la Tierra). Frente de Neptuno, se escribe 304, y después en sentido del movimiento de las manecillas de un reloj, se escribe sucesivamente, la mitad del número obtenido anteriormente. es decir: $\frac{1}{2}$ de 304 = 152; $\frac{1}{2}$ de 152 = 76, etcétera, hasta llegar a Júpiter. El resultado de Júpiter se reforma sumando unidades y decenas, que nos da 2, y la decena que resulta se suma con 4, obteniendo el resultado de 52, que sustituye a 475.

Una vez hecha esta sustitución, se dividen por 100 los que hay a la derecha de 19, y por 10 los que hay a la izquierda, obteniendo las distancias aproximadas, que como vamos a probar, son en conjunto más exactas que por los dos métodos anteriores.

PLANETAS	Distan- cias	Distan- cias	Distan- cias por nuestro método	Distan- cias	ABSOLUTOS			RELATIVOS		
	Bode	Arme- lini		Reales	Errores de Bode	Errores de Arme	Errores por n. mdo.	Errores de Bode	Errores de Arme	Errores por nuestro mdo
Mercurio..	0'400	0'427	0'380	0'387	0'013	0'040	0'007	0'033	0'103	0'018
Venus....	0'700	0'653	0'760	0'723	0'023	0'070	0'037	0'031	0,096	0'051
Marte....	1'60	1'53	1'52	1'523	0'077	0'007	0'003	0'050	0'004	0'002
Júpiter...	5'20	5'48	4'75	5'202	0'002	0'278	0'452	0'0004	0'053	0'086
Saturno..	10'00	8'38	9'50	9'538	0'462	1'158	0'038	0'048	0'121	0'004
Urano ...	19'60	19'16	19'00	19'190	0'410	0'030	0'190	0'021	0'001	0'009
Neptuno .	38'80	29'76	30'40	30'070	8'730	0'310	0'330	0'290	0'010	0'010
TOTALES					9'717	1'893	1'057	0'473	0'388	0'180

En la distancia de Júpiter, hemos dejado el submúltiplo 4'75 de 19 en vez del número reformado 5'2, por que siendo éste 4'75 el que por nuestro método tiene más error, nos ponemos en el caso más desfavorable.

De la observación de la presente tabla se deduce que la suma de los errores absolutos es por nuestro método, la novena parte del de Bode, y como la mitad del de Armellini. En cuanto a la de los relativos, se observa que es la mitad del de Armellini, y unas dos quintas partes del de Bode.

Respecto a los errores relativos aislados, que es lo que tiene más importancia, observaremos que por Bode hay uno de 0'290, correspondiente a Neptuno. Por Armellini, de 0'121, que corresponde a Saturno, y por el nuestro, el mayor es de 0'086, que lo es de Júpiter.

Reducidos estos errores máximos a millones de kilómetros, y tomando como unidad de distancia la de la Tierra, que es de 150 millones de kilómetros, tendremos que al primero corresponde un valor de $8'73 \times 150$ millones; al segundo de $1'158 \times 150$ millones, y al tercero de $0'452 \times 150$, cuyos resultados son 1.309'5 millones de kilómetros de error para el primero; 173'7 para el segundo, y 63'8 para el tercero.

Conocidas las distancias aproximadas por nuestro método y escritos los planetas por su orden natural, incluyendo la Tierra, véamos ahora el método tan facilísimo para determinar aproximadamente el número de años que invierten en su revolución alrededor del Sol.

PLANETAS	Distancias por nuestro método	Coefficientes a multiplicar por las distancias	Revoluciones aproximadas — Años	Revoluciones exactas — Años	Errores absolutos	Errores relativos
Mercurio	0'38	3/5	0'228	0'241	0'013	0'053
Venus	0'76	4/5	0'608	0'615	0'007	0'011
Tierra	1'00	5/5	1'000	1'000	0'000	0'000
Marte	1'52	1 1/4	1'900	1'881	0'019	0'010
Júpiter	5'20	2 1/4	11'700	11'862	0'162	0'014
Saturno	9'50	3 1/4	30'875	29'458	1'417	0'047
Urano	19'00	4 1/4	80'750	84'015	3'265	0'039
Neptuno	30'40	5 1/4	159'600	164'788	5'188	0'031

Como vemos, no hay ningún error relativo que llegue al cinco y medio por ciento.

Los coeficientes anteriores los hemos deducido de la proporción fundamental que liga las distancias y los tiempos de la revolución de los planetas.

Dicha proporción, que es $\frac{t^2}{T^2} = \frac{d^3}{D^3}$ siendo $t=1$ y $d=1$ para la Tierra, nos da $T = DV\sqrt{D}$.

De todo lo expuesto se deduce que de una manera rápida y sencillísima puede determinarse la distancia y el tiempo aproximado de la revolución de los planetas alrededor del Sol.

Por último, hé aquí una serie de relaciones curiosas que ligan a las distancias de los planetas siempre consideradas aproximadamente.

$$\begin{aligned} Me + V &= 1'01 \times (T^0 + T^{-1} + T^{-2}) \\ V + Ma &= 2'02 \times (T^0 + T^{-1} + T^{-2}) \\ Ma + J &= 6'06 \times (T^0 + T^{-1} + T^{-2}). \end{aligned}$$

; T = distancia de la Tierra al Sol = 1.

$$\begin{aligned} J + S &= 1'13 \times (T^0 + T^{-1} + T^{-2}) + (T^0 + T^{-1} + T^{-2}) \\ S + U &= 2'13 \times (T^0 + T^{-1} + T^{-2}) (T^0 + T^{-1} + T^{-2}) \\ U + N &= 3'13 \times (T^0 + T^{-1} + T^{-2}) + (T^0 + T^{-1} + T^{-2}) \end{aligned}$$

$$\begin{aligned} V &= 0'1 \times (S + U + N) / \\ N &= Me \times V + S + U / . \end{aligned}$$

$$\begin{aligned} Me + V &= 1 \times (Me + V) \\ V + Ma &= 2 \times (Me + V) \\ Ma + J &= 6 \times (Me + V) \end{aligned}$$

Expresadas las distancias en función de potencias de 10 y 5, y considerando sólo los cuatro primeros planetas, tendremos:

$$\begin{aligned} Me &= 10^{-2} \cdot 5^2 T + 10^{-3} \cdot 5^3 T. \\ V &= 10^{-1} \cdot 5^1 T + 10^{-2} \cdot 5^2 T. \\ T &= 10^{-1} \cdot 5^1 T + 10^{-1} \cdot 5^1 T. \\ Ma &= 10^{-2} \cdot 5^3 T + 10^{-2} \cdot 5^2 T. \end{aligned}$$

Si formamos la matriz de los coeficientes y obtenemos su valor, tendremos:

$$\begin{vmatrix} - & 2 & 2 & - & 3 & 3 \\ - & 1 & 1 & - & 2 & 2 \\ - & 1 & 1 & - & 1 & 1 \\ - & 2 & 2 & - & 2 & 2 \end{vmatrix} = \begin{vmatrix} 0 & - & 1 & - & 1 & 1 \\ 0 & & 0 & - & 1 & 1 \\ - & 1 & & 1 & - & 1 & 1 \\ 0 & & 1 & - & 2 & 2 \end{vmatrix} = 0$$

según el teorema de Vandermonde.

Para terminar, vamos a dar a conocer una de las infinitas expresiones que pueden determinarse en función de una variable, que nos de los valores de las distancias de los planetas al Sol, con toda la exactitud deseada.

$$d = 1 - 0'945233 \infty + 0'401313 \infty^2 + 1'575632 \infty^3 - 0'375027 \infty^4 - 0'220666 \infty^5 + 0'0967136 \infty^6 - 0'0097327 \infty^7.$$

Esta expresión da las distancias de todos los planetas, para valores enteros de ∞ , desde -2 hasta $+5$.

Córdoba, 21 de Marzo de 1931.

DIONISIO ORTIZ.



El patatú de Obejo

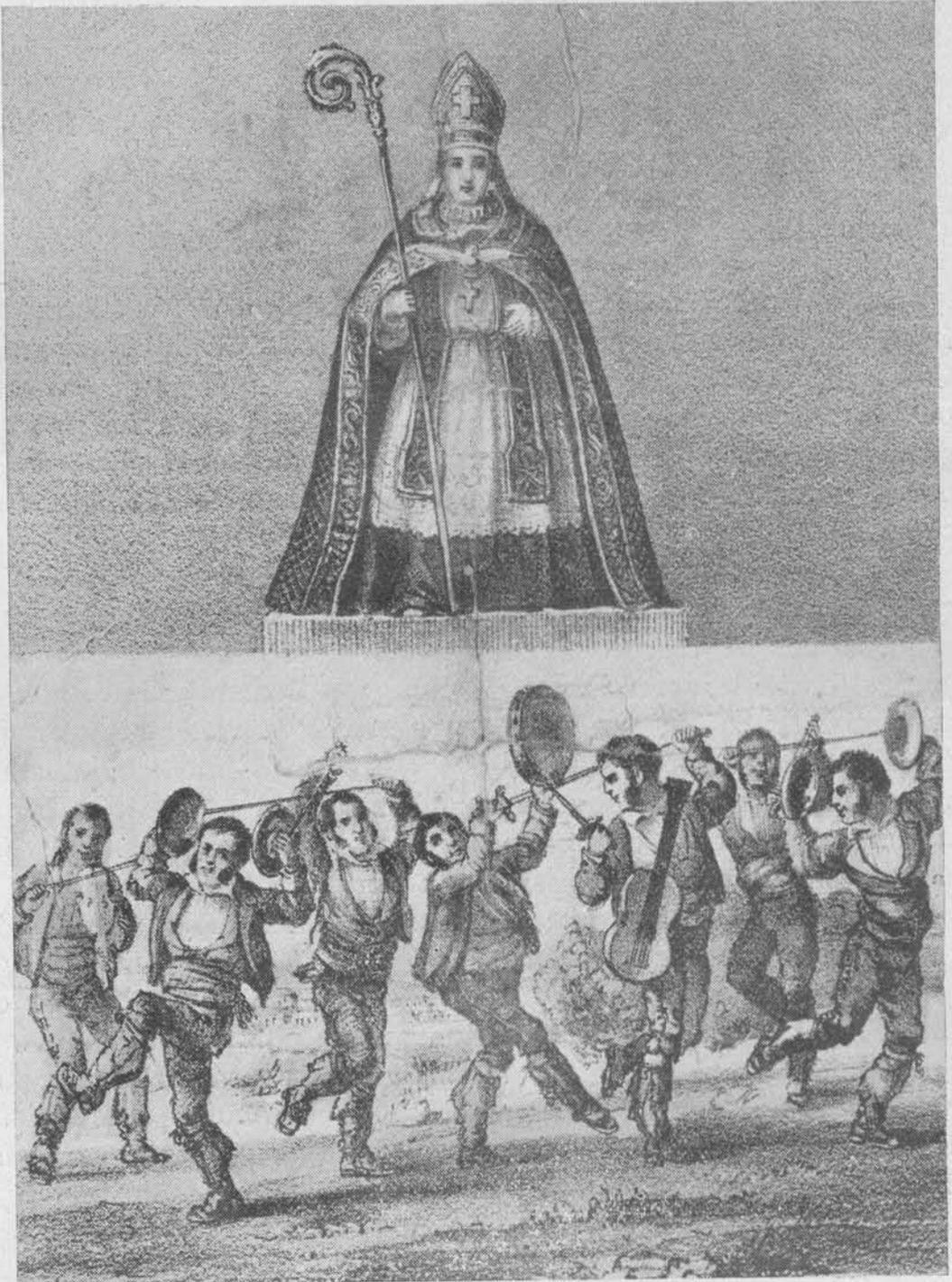
Entre las intrincadas cuerdas de serrijones de la Sierra Morena, en la agreste sierra que al Norte de Córdoba separa la Campiña Andaluza de la penillanura de Los Pedroches, existe un pueblo del que hoy puedo dar fe, pero que antes fué para mí como para muchos, algo quimérico, que sólo tenía visos de ser por la mancha roja con que aparece indicado en las planos oficiales.

Colgado, como un nido de aguilucho, oculto al mediodía por recia eminencia cuarcítica, sólo a los que por vocación o necesidad hemos de cruzar de aquí a allá la sierra, entre olivares y breñas, hacia la agreste junta de los ríos Cuzna y Gato, nos fué dado divisar en lontananza la agrupación de viviendas que desde milenarios tiempos da lugar a ese arcaico poblado; donde el aislamiento a que dió lugar su emplazamiento topográfico hizo a la par que se conservaran costumbres y modalidades, que hoy, al contemplarlas en pleno siglo xx permiten atisbar restos o reminiscencias de fechas que se elevan también siglos atrás a los comienzos de la era cristiana.

El pueblo de Obejo, hoy, rodeado de amplia mancha de olivares fruteros que sin interrupción siguen a Montoro y al Norte del término de Espiel, hasta alcanzar la Extremadura; cercado a Norte y Oeste por feraz vega de sanos y robustos chaparrales, limitado por la cinta de la hoz de Guadaibarbo, que corre por risqueras y al pie de cerros aun en parte cubiertos de tupido jaral; ha quedado allá como un hito del pasado cuyo estudio bajo las distintas facetas de lo retrospectivo es abundoso en motivos y en temas.

* * *

Pero el abolengo del pueblo no es de ayer. No es ya sólo el resto de su pasado el que quedó escrito en el archivo histórico provincial, donde se observa que la amplia delimitación de su



El patrón San Benito y el baile del Patatú de Obejo, según un grabado antiguo



La procesión de San Benito y los danzarines



La cadena, figura fundamental del Patatú

partido debió corresponder a su importancia, es el vestigio arqueológico donde permanece impreso en el mismo poblado.

Y así, su parroquia, que conserva el vestigio de una antigua mezquita, la pila bautismal, bella pieza de cerámica vidriada en verde y decorada con cerquillos y labores de pitón definiendo cruces, que nos hacen pensar en su origen mudéjar. Algún bello lienzo, anterior seguramente al siglo xv, que si un día quedó abandonado, la incuria no fué tan grande que pereciera con el tiempo.

Esa pila bautismal, acaso los lienzos de la Iglesia Parroquial y probablemente los bellos ornamentos bordados de antiguo terciopelo y rancio damasco; e igualmente, a mi juicio, la imagen del Santo Patrón San Benito, probablemente proceden del abandonado Convento de Pedrique, sito al Sur del Pueblo, a unos diez kilómetros de distancia del mismo, en el regajo de aquel nombre que desde Villaharta sigue el camino de Los Pañeros o de las Mestas al Este, hacia la confluencia de los cinco ríos Guadalbarbo, Cuzna, Gato, Varas y Matapuercas.

Esa misma situación de Obejo, que hace rememorar a sus habitantes la inmediateción a vías de comunicación que reclaman los progresos del momento presente, ha ofrecido ventajas para la conservación de las reliquias del pretérito; reliquias que no sólo se limitan a las obras de los hombres sino que a veces estos mismos arrastran consigo.

* * *

Y he aquí que en plena Sierra Morena, lejos de todos los focos en que nos era conocida la reminiscencia de la prehistórica danza de las espadas, en Obejo, nos encontramos en el baile del patatú ese vestigio conservado que desde luego merece un estudio especial.

Hasta el momento nos son conocidas la espata-dantza de los euskaldunas, la dance de espadas de Graus y en otros puntos del Ribagorza; por asimilación los Balls de bastons de Cataluña, los caballins, caballs, cotoners de varios lugares de Aragón, Cataluña y Mallorca. Pero en el mediodía de la Península la tradición se perdía, al parecer quedaba relegada a ese extremo del suelo nacional, tan abundante en este orden de ideas de tradiciones, leyendas, restos del pasado, conservados en el hombre a través del tiempo.

* * *

El patatú de Obejo es una danza de espadas donde se ha

perdido el vestigio del traje, pues sólo en una tabla del pasado siglo conservada en la Ermita del Santo Patrón San Benito, aparecen los danzarines ante el Santo, llevado en procesión, a la usanza de la antigua andaluza; esto es, con chaqueta corta y pantalón ceñido, de paño pardo, sombrero de feipa con pompon, bota larga adornada de caireles y pañuelo al cuello y faja roja.

Pero este traje, solo como el de fiesta, en el país en dicha fecha era usado; no puede dudarse de que entonces se había perdido en este extremo la tradición de lo antiguo.

El patatú de Obejo se baila con espadas; las mismas que he podido observar son modernas, alguna aun data de construcción del país, pero hasta hace poco tiempo se sabe que los chamarileros de lo viejo poco a poco fueron comprando en el poblado o cambiado por espadas modernas las que se usaron en tiempos para la danza.

Tampoco en este extremo se puede hallar el resto de lo primitivo; por otra parte para la danza, como se verá no es necesario hacer grandes juegos ni especiales desplazamientos por lo que hace a este arma.

Hoy el patatú es una fiesta religiosa; los hermanos se dividen en *orantes* y *danzantes*; aquellos sólo contribuyen con su óbolo al sostenimiento de la hermandad, los segundos son los verdaderos actuantes en la danza que analizamos.

Ante el Santo Patrono San Benito tiene lugar aquélla, en que interpretan hoy los buenos vecinos de Obejo los dones de la Providencia; prueba de ello es esta letrilla que oímos en el lugar:

Agua, Padre Eterno,
Agua, Padre mío,
Que se van las nubes,
Sin haber llovido.

Porque hemos de hacer notar que a más de cuatro fiestas anuales, la de San Antón, San Benito y otra en Marzo o Abril, la procesión del Santo y la danza tiene lugar cuando una calamidad azota al pueblo, o si es de temer la pérdida de las cosechas.

* * *

La procesión arranca de la Ermita; avanza en primer término la cruz parroquial de Obejo, síguenla los hermanos danzantes, la música, el Santo Patrono y la presidencia religiosa y civil.

La danza se baila al son de guitarras, bandurrias y pandere-



El degüello del Patatú



Conjunto de la danza

ta; pero en un grabado antiguo aparecen los músicos provistos de violines y platillos, coparticipando de la misma; al parecer el son viejo se va perdiendo, a un antiguo cofrade pudimos escuchárselo, más cadencioso y monótono que el actual. Indudablemente en esto el tiempo ha establecido al discurrir su mudanza.

El baile tiene lugar constantemente a medida que la comitiva sigue su itinerario; los danzantes evolucionan en la forma que ahora será indicada, y a su paso se acomoda la parada o curso del cortejo.

Este llega a la cruz frontera en el camino, retrocede, da una vuelta en derredor de la Ermita y penetra de nuevo en ella.

* * *

La antigua música tiene un sabor arcaico, pero a la vez modulaciones que, sin querer, traen a nuestro recuerdo pasajes de la partidura de *The Geisha*. Algo, un murmullo del pasado queremos adivinar que quedó impreso en los falsetes que hoy se repiten.

Datos de la existencia de la hermandad que danza el patatú existen en el Ayuntamiento de Obejo, según escritos que datan de 1600; en ellos se observa el carácter de independencia que conservó la hermandad para su régimen, con libertad para su administración de la autoridad eclesiástica.

Por otra parte, las festividades que ahora celebra creemos que se establecieron en la fecha en que el monasterio de Pedrique, hoy desaparecido, florecía en su mayor esplendor, y ésto puede explicar los patronos de la cofradía, todos ellos santos varones eremitas o que merecieron la fervorosa devoción de éstos.

* * *

Más en el patatú, en la danza ofrecida a los elegidos de la religión verdadera, no cabe duda que ha de buscarse un origen primitivo; la danza de las espadas, por el hecho del empleo de estas es en su origen danza guerrera, simboliza el éxito del triunfador o el honor incluso hallado en la muerte.

La danza de Obejo tiene cuatro tiempos, que en realidad giran en general alrededor de la evolución de los bailarines en el paso que ellos llaman la *cadena*. Ya sea avanzando primero de uno en fondo, cogida con la diestra la empuñadura de una espada, y con la siniestra la punta de la precedente; ya evoluciones determinando arcos al elevar los primeros la espada que sujetan, bajo la cual han de pasar los que siguen, que a su vez defi-

nen nuevos puentes, por donde al terminar el paso penetran los primeros que, recorrido el arco múltiple de tizones van a formar otro nuevo; ya este juego se extiende a formar dos y tres cadenas sucesivas; constantemente las espadas se hallan sujetas por dos danzarines que no deben soltarias en todo el tiempo que el baile dura.

Pero de pronto la danza se interrumpe; el hermano mayor, que figura a la cabeza de la cadena, queda aprisionado entre las demás espadas que se cruzan alrededor de su cuello; la danza sigue,



El retorno a la Ermita, última cadena del Patatú

sin que ninguno de los bailadores abandone su espada ni la punta de la espada precedente; el momento se llama la *horca*.

De ella el Danzarín Principal, el Hermano Mayor se desprende hundiéndose bajo los aceros, y de nuevo la cadena arranca con el mismo movimiento que precedentemente; los danzarines ahora multiplican la evolución con la cadena doble, y la cadencia sigue así ya monótonamente hasta el final.

Durante todo el baile, que tiene una duración de unos tres cuartos de hora, los hombres sostienen un paso uniforme, en pequeños y constantes saltitos, casi arrastrando los pies para desplazarse, análogamente al llamado paso del kanguro que vimos importado de la lejana Oceanía.

A. CARBONELL T.-F.

La industria de la seda en Córdoba

POR

JOSÉ DE LA TORRE y JOSÉ M.^a REY DIAZ

Síntesis del estudio premiado por la Comisaría de la Seda en el Concurso Nacional de 1928.

A nuestro entender, la reconquista del reino de Granada fué la causa determinante del renacimiento que tuvo en Córdoba la industria de la seda a fines del siglo xv; como el descubrimiento de América, su rápida colonización y el monopolio de su comercio, la del extraordinario desarrollo que adquirió durante el transcurso del xvi y primera mitad del xvii, por la gran demanda que para tan extenso mercado hubo siempre de sus productos, cuya exportación por otra parte tanto facilitaba la proximidad de Córdoba al puerto de Sevilla.

Convertida nuestra ciudad por los Reyes Católicos en base de operaciones para su empresa guerrera contra los dominios de Boabdil y en asiento de la Corte, aquí acudieron los principales magnates de ambos reinos, y tras ellos, al olor del negocio y la ganancia, buen golpe de traficantes de todas especies, entre los que se contaban no pocos italianos, que traerían consigo los renombrados tejidos de seda de su país. La competencia y el estímulo debió animar a los cordobeses al mejoramiento de su industria sedera, ya con la ventaja de tener más a su alcance la incomparable *seda morisca*, que no otra de la producida en el reino de Granada hubo de llevar este nombre. Se manifiesta primero este impulso, ¡y como no! en un producto de carácter femenino: las tocas; y tal desarrollo hubo de adquirir su fabricación, que ya en Febrero de 1504 aparece organizado el gremio de tejedores de tocas de seda, con sus propias Ordenanzas. Le siguen y quizás acompañan en importancia los terciopelos, como

lo demuestra el acuerdo municipal de 17 de Julio del mismo año, ordenando a sus fabricantes presentaran las que tenían. Al par de los terciopelos se labran los damascos y los rasos, que con aquellos tanta fama dieron bien pronto a Córdoba, las sargas, los tafetanes y las fustedas; y llegó a ser tan grande el número de los que a la manufactura de unos y otros se dedicaban, que se hubo de considerar conveniente organizarlos a todos en un solo gremio con Ordenanzas comunes, las que fueron aprobadas por el Cabildo de la Ciudad en 11 de Octubre de 1529. Base de estas Ordenanzas fueron las que regían en Granada, y comprendieron no sólo a los tejedores, sino también a los tintoreros de seda; se modificaron un tanto en 1538, fueron adicionadas en 1542 y confirmadas al fin por Carlos V el 13 de Abril de 1543.

Otro factor de la industria, los hiladores o torcedores de seda, aquí por aquel tiempo términos sinónimos, no tuvieron desde un principio tanta importancia y tardaron bastante más en organizarse. Lo hicieron en 1555, presentando sus Ordenanzas al Concejo, que las aprobó el 21 de Marzo, siendo confirmadas por Real provisión el 27 de igual mes del siguiente año. También los oficiales sederos, esto es los que se dedicaban a la fabricación y venta de obras de la gineta, cordones, cintas y otras similares, formularon las suyas en Febrero de 1564, las que aprobadas por la Ciudad no tuvieron confirmación del Monarca hasta el 17 de Diciembre de 1568. Por esta fecha ascendían ya a 103 los oficiales sederos que ejercían tal oficio.

Córdoba había conseguido establecer y organizar, apenas mediado el siglo xvi, una potente industria sedera en sus diversas manifestaciones, y hasta adquirir merecida fama por la excelente calidad de algunos de sus productos, y ello sin contar con materia prima propia, suficiente y útil. Porque este es el caso y la verdad que declaran los documentos, y no lo contrario, que es lo que siempre se ha tenido aquí mismo por indiscutible. Casi toda la seda consumida por las manufacturas cordobesas fué importada en todo tiempo, de Murcia y Valencia principalmente, y sólo en las de Arte Menor se hubo de utilizar la criada por estas tierras, la llamada *adúcar*, basta, de mala calidad y no muy abundante antes del siglo xviii. Puede asegurarse que hasta muy próximo el 1538 no se conocieron en Córdoba las moreras, si acaso el moral negro, puesto que en el cabildo celebrado el 11 de Noviembre de dicho año se propuso por la mayoría de los capitulares el arrancar las que se habían plantado, por el temor

de que sus productos perjudicaran la fábrica de los tejidos. No debió hacerse así, ya que el interrogatorio del Obispo Rojas y Sandoval de 1567 se contrae también a las mujeres que cojían seda. Pero que la cría de ésta no llegó a tener importancia se prueba con lo dicho en el cabildo de 11 de Marzo de 1650, de ser tan poco considerable que no alcanzaba la centésima parte de la que se producía en Murcia. Y en peligro estuvo de desaparecer por lo dispuesto en las Ordenanzas generales de 1684, sino viene a salvarla la Real Cédula fecha 12 de Marzo de 1690, que por gracia especial, porque no se arruinasen sus industrias de cintería, concedió a Córdoba y lugares del término autorización para continuarla.

Ya en el último tercio del siglo xvi se origina la primera crisis de las muchas que hubo de atravesar la industria sedera cordobesa, al perder los mercados que había conquistado, tanto en la Península como en las Indias. Fué determinada, de una parte por la rigidez de sus Ordenanzas, que no la permitían evolucionar y acomodarse a los nuevos gustos y exigencias de los consumidores, y de otra por la inveterada mala fe de los tintoreros, atentos más a la ganancia del día que a las graves consecuencias de sus malas artes. A lo primero se le procuró el remedio con la reforma de la de los tejedores, que fué promulgada en 14 de Julio de 1586; y a los contumaces tintoreros les sentaron la mano en firme y les metieron miedo, para que no volvieran a desacreditar los tejidos de seda con sus perversas tinturas.

Los terciopelos y los tafetanes, como los rasos, damascos, brocados y mantos cordobeses, recobraron su prestigio y la perdida clientela, El número de telares, que al finalizar su registro en 1597 sumaban 640, se habían triplicado cincuenta años más tarde. Exactamente eran 1.774 en 1650, surtidos por 200 tornos. Fué este período de medio siglo el más floreciente de la industria sedera en Córdoba, y sin duda alguna en los demás centros peninsulares de producción. Hasta los tintoreros debieron contribuir a ello, satisfechos y rehabilitados en su honor profesional con la obtención en 1625 de Ordenanzas propias del oficio, que los libertaba de la para ellos humillante fiscalización de los tejedores.

En ese mismo año 1650, tan fatal para Córdoba, se inicia la decadencia. El terrible azote de la peste desvastó por entonces nuestra ciudad, arrebatándole más de un tercio de sus pobladores. No fueron los que se dedicaban al trato y arte de la seda los que mejor libraron del desastre, ni la industria misma, ya que

al prohibirse la cría y su importación de los lugares infestados, por centenares hubo que parar los telares y los tornos. Y nunca más volvieron a ponerse en marcha, desaparecida la epidemia, porque otras calamidades afligieron por entonces a nuestra patria, que inevitablemente repercutieron en la Agricultura, la Industria y el Comercio: sequías y temporales de aguas, que asolaron y arrasaron sembrados y huertas; guerras desastrosas con el extranjero, revoluciones y luchas intestinas, agotadoras de las escasas energías y recursos en hombres y dinero que le restaban a la España de Carlos V y Felipe II. Y por si fuera poco, franceses e ingleses a porfía, cambiando de táctica para arrebatarnos el oro y la plata que nos venía de América, infestaban con sus productos industriales nuestros propios mercados, haciéndonos una competencia ruinosa, entre otros a los tejidos de seda.

Cuando viene de Corregidor a Córdoba don Francisco Ronquillo Briceño y cumpliendo órdenes de la Real Junta de Comercio emprende en 1686 la ardua tarea de restablecer sus pérdidas industriales, en la de la seda no encuentra más que 30 tornos y 50 telares, de ellos 24 de fábrica nueva. Dos años más tarde funcionaban 159 de esta clase, y la estadística de 1690 arroja las cifras de 330 telares, 50 tornos y 9 tintes, que ocupaban a 974 personas. Pero esta restauración fué efímera, y no otro podía ser el resultado, ya que ni habían desaparecido las causas ni variado las circunstancias que motivaron el derrumbamiento de la industria sedera cordobesa y de todo en España durante la segunda mitad del siglo xvii, y que perduraron dentro del xviii algunos años más, hasta que se terminó el pleito militar y político sobre la herencia de Carlos II.

En el de 1692 se inició otro período de crisis para las fábricas de tejidos de lo ancho, las felpas, los rasos, los terciopelos, agudizada con la escasez de la primera materia, la seda, que no podía importarse en la cantidad precisa para mantener corrientes telares y tornos. El punto más bajo de la curva lo marca ahora el año 1714, con 39 fabricantes y 100 telares, ni uno siquiera de terciopelo, de los que tanta fama dieron a Córdoba dos siglos antes. De nuevo asciende, mejorada un tanto la situación general del país, pero con lentitud, hasta el 1730, para el cual se declaran como funcionando de 20 a 24 tornos, 307 telares y 10 tintes, que en 1743 habían quedado reducidos a 6, 144 y 4 respectivamente. Trece años después, en 1756, se reconocen 168 telares corrientes en las 115 casas de fabricantes que se visitaron.

Los maestros examinados de tejedores que había en nuestra ciudad hacia el 1770, ascendían a 147, y en 1798 sólo quedaban en ella unos cincuenta fabricantes de sedas.

Si la industria sedera del Arte Mayor no pudo lograr en Córdoba vida próspera durante todo el siglo XVIII, en cambio las del Arte Menor, la listonería o cintería y la pasamanería adquirieron extraordinario auge. Contribuyó a ello la exclusiva que para la cría de la seda llamada de peso o *adúcar* le había concedido, como a ciertos lugares de su reino, la Real Cédula de 1690. Los morales, como en Priego, y las moreras se plantaron a millares por casi toda la provincia; y tan grande fué la producción, que hasta se pudo permitir el lujo de exportarla a todas partes. De esta clase de seda surtían los sederos sus tornos y telarillos, cuyo número alcanzaba en 1776 las siguientes cifras: 116 telares en el ramo de pasamanería y 621 telarillos en el de cintería.

Todo esto concluyó en el siglo XIX. La guerra de la Independencia primero, las constitucionales y civiles después, aniquilaron la Industria, el Comercio y al país por entero. Cuando en 1869 la Junta General de Estadística quiere conocer la situación, se encuentra con que en el término de Córdoba existían tan sólo 4.000 moreras y que la seda aquí producida, 1.800 libras, se exportaba para las fábricas de Sevilla. Hoy día, ni aún eso siquiera.

No han de desdeñarse las enseñanzas de la Historia, antes deben tenerse muy en cuenta para que no se malogren los mejores propósitos; y ellas nos demuestran que en Córdoba se fabricaron excelentes tejidos de seda, pero dióse muy mal la primera materia. ¿Causas? No por la preferencia que en un principio se concediera a la plantación del moral negro sobre la morera, ni a la naturaleza de los terrenos, ni a la calidad de las simientes, porque el resultado fué el mismo en toda la provincia, en la sierra como en la campiña; más bien parece debido a razones climatológicas, pues no hay que olvidar ni deja de merecer crédito lo dicho por don Juan de Dios Pérez de Medina en 1869, de que las moreras padecían mucho con las fuertes heladas, aquí tan frecuentes.



Noticias

El 21 de Enero se celebró la apertura oficial del curso académico, con la solemnidad acostumbrada y lectura de la memoria de Secretaría. El acto tuvo lugar en el Instituto de Segunda Enseñanza. El discurso reglamentario correspondió al académico de turno don Rafael Vázquez Aroca, sobre el interesante tema de «Estado actual de la Relatividad», el que fué publicado en la «Revista de Escuelas Normales», editada en Córdoba y número de Marzo de este año, a cuya publicación remitimos al lector que desee conocer tan sugestivo trabajo.

—En la sesión ordinaria del 15 de Enero, celebrada en el local social de la Plaza Potro, bajo la presidencia del Director don Manuel Enriquez, la Academia acordó adherirse al Centenario de San Alvaro, que se organiza en Córdoba, y con este motivo intensificar las gestiones que viene realizando la docta Corporación para dar a la publicidad la «Historia de la Casa de Córdoba», del Abad de Rute, que tanta importancia tiene para la historia genealógica de los Fernández de Córdoba y de la misma ciudad.

Se conoció el estado de las investigaciones sobre Juan de Mesa y otras por él ejecutadas, acordándose ratificar al señor Hernández Díaz, principal investigador en Sevilla, la invitación a una conferencia sobre el gran imaginero cordobés. También se habló de las interesantes investigaciones que en los archivos cordobeses está verificando con este motivo el paciente erudito y académico don José de la Torre.

Se trató de la declaración de sitios y parajes de interés nacional en la provincia de Córdoba, para elevar a la superioridad una petición que añada otros de singular interés al ya declarado Picacho de la Sierra de Cabra, y nombrando para que hagan este estudio a los académicos señores Carbonell y Carbonell, quienes, en principio, han designado la Sierra de Córdoba, desde Torreárboles a Trassierra, y la Hoz del Bembézar, en Hornachuelos.

Fué votado académico numerario don Antonio Jaén Morente.

—El 11 de Marzo, a las seis y media de la tarde, y en la clase de Dibujo del Instituto, dió una conferencia acerca del tema «La personalidad del cordobés Juan de Mesa en la Escuela escultórica sevillana», el culto investigador sevillano don José Hernández.

La conferencia fué organizada por la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba.

Con el conferenciante ocuparon el estrado el presidente de la Academia don Manuel Enriquez Barrios, el catedrático del Instituto don Enrique Romero de Torres y el párroco de la iglesia de Santa Marina, de Sevilla, don Eduardo Paradás.

Hizo la presentación del orador el señor Enriquez Barrios, quien expuso en breves palabras la labor que desde hacía tiempo venía haciendo el señor Hernández para clasificar las obras de Juan de Mesa, y elogió sus méritos.

Terminó dando la bienvenida al señor Hernández, y agradeciéndole la deferencia que dispensaba a la Academia al aceptar la invitación que le fué dirigida.

El señor Hernández, después de un breve exordio, expuso los inconvenientes con que tropiezan los investigadores para desarrollar su labor. Apenas hay un caso en que se puedan hacer afirmaciones, porque la investigación no cesa nunca, y lo que hoy se afirma mañana lo desmienten otros documentos.

Quien hace afirmaciones categóricas en este sentido demuestra desconocer los cimientos de la cultura.

Pasó seguidamente a tratar de la figura de Juan de Mesa, y se congratuló del honor que para él representaba venir a Córdoba a hablar del portentoso imaginero, como asimismo el verse rodeado de personas expertas en las ciencias y en las artes.

Agradeció a la Academia la invitación que le hizo.

Dijo que la figura de Juan de Mesa es digna de admiración y del homenaje, no sólo de los cordobeses, sino de todos los que sientan el arte.

Justificó su presencia en Córdoba para dar la conferencia, diciendo que había sido invitado en nombre de la cultura, y que él no podía negarse.

A continuación habló de los documentos hallados en el Archivo de Protocolos de Sevilla, y mediante los cuales se ha venido a conocer la recia personalidad del escultor Juan de Mesa.

Refiriéndose al primer documento hallado dijo que parecía im-

posible que durante dos siglos no se hubieran tenido noticias del gran imaginero cordobés.

Hizo relación de los investigadores que descubrieron a Juan de Mesa, citando a varias personalidades sevillanas, entre ellos a los señores Rodríguez Jurado y Gestoso.

El segundo, a pesar de citar a Juan de Mesa, no tenía documentación en qué apoyarse.

Elogió también al notario sevillano señor Gastalver, pues merced a sus gestiones, pudo abrirse a la investigación el Archivo de Protocolos.

Refirióse luego al contrato de aprendizaje de Juan de Mesa con Martínez Montañés, aportando datos muy interesantes.

Con los datos conocidos él invitó a la Academia de Córdoba a hacer investigaciones en esta capital, con el fin de hallar la partida de bautismo de Juan de Mesa. De esta labor se encargó don Enrique Romero de Torres, el cual halló la partida de bautismo en la parroquia de San Pedro.

Habló de otros documentos encontrados que han permitido fijar la época en que Juan de Mesa hizo algunas de sus obras.

A continuación examinó un artículo de *A B C* del corresponsal de dicho periódico en Córdoba, don Francisco Quesada, en el que recogía ciertas afirmaciones del señor de la Torre, y las rebatió. Afirmó terminantemente que Juan de Mesa era hijo de Juan de Mesa y de Catalina Velasco, y por tanto corresponde a él la partida de bautismo hallada por el señor Romero de Torres.

Agregó que no había podido comprobarse que Juan de Mesa fuera de Uceda, e invitó al señor de La Torre a continuar sus trabajos.

Es un enigma —dijo— a qué se dedicó Juan de Mesa antes de haber entrado de aprendiz en el taller del famoso imaginero de Alcalá la Real.

Hizo presente la evolución que ha producido en el arte de la imaginería sevillana la existencia de Juan de Mesa.

Pasó después a definir su arte y dijo que nada desmerecía del de Martínez Montañés. Señaló las diferencias existentes entre el arte de Martínez Montañés, que era un clasicista, y Juan de Mesa, que imprimió a sus imágenes, barrocas, mayor expresión trágica.

Se podría apellidar Juan de Mesa, el imaginero del dolor.

Al llegar a este punto expuso detalladamente las principales características de Juan de Mesa, que dijo había conseguido crear un tipo de escultura exclusivamente suyo, apartándose de las orientaciones seguidas por Martínez Montañés.

Seguidamente fueron proyectadas en la pantalla varias diapositivas de algunas obras de Montañés y de las de Juan de Mesa, que el orador fué detallando minuciosamente hasta dejar bien delimitada la diferencia entre el arte del gienense y del cordobés.

Dijo que la obra cumbre de Juan de Mesa es el Cristo de Vergara.

En toda esta parte el señor Hernández reveló poseer una extensa y sólida cultura del arte religioso en España.

Terminó la exhibición con la diapositiva de la Virgen de las Angustias, que se venera en la iglesia de San Agustín, de nuestra capital, y que es obra de Juan de Mesa.

Finalmente, el señor Hernández hizo mención de los artistas que más fama han dado a Córdoba, y con este motivo excitó a todos a honrar a sus gloriosos hijos.

El numeroso y distinguido público que asistió a la conferencia ovacionó al orador.

El señor Hernández recibió muchas felicitaciones, a las que unimos la nuestra por su interesante conferencia sobre el gran imaginero cordobés.

Necrología.—Don Francisco Alcántara

El 9 de Marzo falleció en Madrid el ilustre periodista, crítico de arte, don Francisco Alcántara Jurado.

Era este notable escritor natural de Pedro Abad y en Córdoba comenzó a demostrar sus excepcionales actitudes para el cultivo de las Letras y de la Pintura.

Muy joven marchó a la Corte y en ella se dió a conocer como excelente crítico de arte en el periódico «El Globo», el más importante, sin duda, de los que entonces aparecían en España.

Bohemio en el buen sentido de la palabra, hombre inquieto, de espíritu investigador, enamorado ferviente del arte en todas sus manifestaciones, de las bellezas que ocultan los rincones más apartados de nuestras ciudades y aldeas, recorrió casi toda España, efectuando muchos de sus viajes a pie, unas veces solo y otras acompañado de algunos discípulos suyos para sorprender y admirar tesoros artísticos ignorados, que trasladaba al lienzo en cuadros preciosos o describía en crónicas llenas de interés y amenidad.

Durante muchos años fué redactor artístico del periódico «El

Imparcial» en el que sus críticas, acertadísimas siempre, concienzudas, razonadas, le dieron grandes prestigios pues llegó a ser considerado, con justicia, el primer escritor de su género que había en España.

De la redacción de «El Imparcial» pasó a la de «El Sol», al ser fundado este periódico, y de ella formaba parte cuando dejó de existir.

Don Francisco Alcántara creó la Escuela de Cerámica de Madrid, centro importantísimo, pues, gracias a él recobró el valor que había perdido una industria nacional famosa en otros tiempos.

El señor Alcántara fué director del establecimiento mencionado hasta que por haber cumplido la edad reglamentaria, obtuvo la jubilación y entonces su hijo don Jacinto le sustituyó en dicho cargo.

A sus dotes excepcionales de escritor y de artista unía otras muy relevantes; hombre modesto, sencillo, afable, bondadoso, siempre rehuyó el aura popular y jamás echaron raíces en su corazón las malas pasiones, el odio ni la envidia; por eso contaba sólo con amigos en todas partes.

Acompañado de sus discípulos, para los que era maestro y padre a la vez, solía venir a Córdoba donde siempre hallaba nuevas fuentes de inspiración artística y nunca se marchaba sin haber visitado al pueblo que meció su cuna, Pedro Abad, que siempre recibía a su hijo ilustre con los brazos abiertos, como una madre cariñosa.

En Diciembre de 1927 dicho pueblo le rindió un homenaje tan merecido como simpático. En un solemne acto celebrado en el Ayuntamiento se le entregó el título de hijo predilecto de Pedro Abad y antes descubriose una lápida colocada en una de las principales calles del pueblo, imponiéndole el nombre de Francisco Alcántara. En esta ceremonia varias personalidades pronunciaron y leyeron discursos y poesías.

El señor Alcántara pertenecía a las Reales Academias de Bellas Artes de San Fernando de Madrid y de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, así como a otras corporaciones literarias y artísticas, y había sido objeto de distinciones y mercedes de gran valor.

Descanse en paz el insigne crítico de arte.—*Ricardo de Montis*.—(De «Diario de Córdoba»).

Recepción del Dr. D. José Manuel Camacho Padilla

El 9 de Abril, a las siete de la tarde, verificose en el salón de sesiones del Ayuntamiento la recepción, como académico de número de la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes del profesor de Literatura del Instituto de Segunda Enseñanza de Córdoba y notable literato don José Manuel Camacho Padilla.

La sala capitular fué invadida por numeroso público, destacándose entre él muchas señoras y bellas señoritas.

En el estrado tomaron asiento casi todos los académicos y algunas damas.

El sillón presidencial fué ocupado por el digno gobernador civil de esta provincia don Graciano Atienza, quien tenía a su derecha al gobernador militar de la plaza don Daniel Cáceres y Ponce de León y a su izquierda al presidente de la Academia don Manuel Enríquez Barrios.

Una vez abierta la sesión fueron comisionados los académicos don Vicente Orti Belmonte y don José Priego López para acompañar al estrado al señor Camacho Padilla, el cual fué saludado con una atronadora salva de aplausos al penetrar en la sala.

Seguidamente el nuevo académico dió lectura a su discurso que ostentaba el título de «Charla lírica de Córdoba».

Comenzó dando las gracias a la Academia por la distinción de que lo hacía objeto al admitirlo en su seno como académico y expresándose en tonos de gran modestia, respecto a su persona, dijo que el honor que se le hacía lo creía inmerecido, y mucho más, teniendo en cuenta que había venido a ocupar la vacante del inspirado poeta cordobés don Guillermo Belmonte Müller, cuya figura enalteció, solicitando de la Academia que se haga una recopilación de las mejores poesías del llorado vate para editarlas en un libro.

Abogó también por que se haga un detenido estudio de la personalidad literaria del señor Belmonte Müller.

Después de este exordio, escrito de primorosa manera, comenzó a desarrollar el tema.

Habló de lo que significa Córdoba para los turistas, a quienes basta unas horas para darse cuenta de las muchas bellezas que la ciudad atesora. Nos interesa la opinión de los extranje-

ros, pero tenemos que examinar la ciudad los que ella vivimos para sacar la consecuencia de cómo creemos nosotros que somos, después de una meditada reflexión.

Hizo un parangón saturado de bellezas literarias, entre el amor que se profesa a la mujer y el que se debe tener a la ciudad.

Hay que apoderarse de ambas con el corazón.

Dijo que él, el más modesto de todos, había tenido el atrevimiento de hacer un ensayo que sometía al fallo del ilustre concurso que lo escuchaba.

Seguidamente hizo una admirable descripción de la Sierra, cantando las bellezas que la adornan en las diferentes estaciones del año. Habló de sus colores, de sus perfumes desbordando la exuberancia del lenguaje en las descripciones.

La Sierra—dijo—es la salud para los enfermos y la alegría para los hombres sanos. La Sierra debe ser de todos como el sol, como el aire.

Otro punto del elocuente discurso fueron las ruinas de los edificios de las civilizaciones pretéritas. Todos los días se hallan en Córdoba restos gloriosos de civilizaciones pasadas. Los sabios no se han puesto todavía de acuerdo acerca de lo que debe hacerse con las ruinas. El tiempo ha oxidado a la ciudad de Córdoba, que es como una vitrina donde se guardan estos preciados tesoros.

Las ruinas no dicen perder nunca su carácter y debemos evitar siempre que el pasado aparezca como fué porque esto traería consigo, en muchos casos, una gran desilusión.

En párrafos admirables bordados de imágenes literarias habló del jaramago y la yedra, que viven adosados a las ruinas. En Córdoba las ruinas están cubiertas de una capa de flores y para llegar a ellas hay que pasar sobre un jardín.

Terminó esta parte del discurso con una bellísima descripción de Medina Azahara, que cautivó a los oyentes.

El Perol, era otro de los subtítulos de la «Guía lírica de Córdoba».

El señor Camacho Padilla analizó minuciosamente esta costumbre popular de los cordobeses. Describió el pintoresco cuadro de las romerías y ocupose de lo que supone para el menestral el pasar el domingo en el campo, rodeado de sus hijos, en grato y amable esparcimiento.

Es necesario un parque ciudadano de recreo en vez de esos

jardines de vías estrechas por las que hay que andar con cuidado y siempre bajo la vigilante mirada del guarda. Hay que hacer un parque para que gocen los desheredados de la fortuna, que no pudieron nunca ver satisfecho su deseo de poseer una casita en el campo y esto debe traer una orientación nueva a la administración que aunque muy cargada de obligaciones, debe atender a ésta, por la importancia social que entraña.

El perol conserva el recuerdo de todos los tiempos, pues antes, como ahora, lo guisaron los viejos y lo cantaron los jóvenes.

Glosó luego el río, con sus viejos molinos, con el prestigio de su tradición y la campiña que se retrata en las aguas.

Al hablar de la campiña expuso las inquietudes del obrero campesino y relacionó a éste con el trabajador de la ciudad.

A continuación leyó un hermoso romance dedicado a la mujer cordobesa describiéndola físicamente y enalteciendo sus virtudes.

Pasó luego el autor por el tamiz de su lirismo la Mezquita, en cuyo tema el observador y el literato unificados en el señor Camacho, han tenido un gran acierto.

Terminó el recipiendario su notable discurso haciendo un bellísimo retrato lírico de la ciudad, cuyas plazas y calles cantó con fervor de enamorado, sobresaliendo de esta parte unos emocionantes versos describiendo la mística plaza de los Dolores con el Cristo de los Desagravios.

El señor Camacho Padilla, que durante la lectura de su discurso había sido interrumpido en varias ocasiones por los aplausos del público, al terminar, fué calurosamente ovacionado.

Contestó al nuevo académico don Rafael Vázquez Aroca, que elogió la personalidad literaria del señor Camacho Padilla e hizo resaltar la labor que realiza como catedrático y que ha culminado en la organización de un Museo interesantísimo escolar que ha fundado en su cátedra.

Enumeró las obras literarias debidas a la pluma del culto literato y terminó diciendo que la Academia había tenido un indudable acierto al elegirlo académico de número, pues la plaza había sido ganada por méritos propios, ya que el señor Camacho, desde su llegada a Córdoba, no dejó de prestar, con sus trabajos, excelente cooperación a las funciones que la Academia tiene encomendadas.

El señor Vázquez Aroca fué muy aplaudido.

Seguidamente el señor Atienza impuso al nuevo académico la medalla correspondiente, dándose por terminado el solemne acto.

El señor Camacho Padilla recibió muchas felicitaciones por el admirable trabajo que acababa de leer y a ellas unimos la nuestra tan cordial como efusiva. (*Diario de Córdoba*, 10 Abril de 1930).

Recepción del Dr. D. Juan Carandell

El miércoles 30 de Abril, a las siete de la tarde, se celebró en el salón de Sesiones del Excmo. Ayuntamiento, la solemne recepción pública del Académico numerario don Juan Carandell, Profesor de Historia Natural del Instituto Nacional de Segunda Enseñanza, que leyó un discurso con el título «Andalucía: Ensayo geográfico», al cual contestó en nombre de la Corporación el Académico don Antonio Gil Muñiz.

Dicho discurso se inserta íntegro, por lo que se refiere a su parte doctrinal, en este número, habiéndose editado además reglamentariamente.

LA MUERTE DE ROMERO DE TORRES

El 10 de Mayo, y tras penosa enfermedad, murió en el Museo, su casa natal, el gran pintor de Córdoba Julio Romero de Torres. La ciudad entera mostró su duelo, y de España y el extranjero se recibieron hondas muestras de pesar. El entierro, al que se concedieron los máximos tributos oficiales, fué una explosión de duelo popular, y literatos, artistas, autoridades y pueblo bajo rivalizaron en el póstumo homenaje al inmortal hijo de Córdoba. La prensa local y nacional dedicó sendos artículos necrológicos a Romero de Torres y a su arte, de los que recogemos algunos de los más sentidos o documentados.

Un gran artista. Ha muerto el pintor cordobés Julio Romero de Torres

«Se sabía que Julio Romero de Torres estaba enfermo—padeía una afección al hígado—; pero no se esperaba el doloroso final, tan inmediato, casi repentino. Se confiaba en la robusta naturaleza del pintor, en su edad, pues desaparece aún no cumplidos los cincuenta años.

Hace seis meses justos Romero de Torres hablaba a un reportero madrileño de sus proyectos. El principal era trasladarse a París, aburrido de Madrid, cansado de Córdoba, su patria chica. No ha podido realizar tales proyectos. Como si Córdoba, celosa de su pintor, al conocer el propósito de fuga lo hubiera matado, cual en una de esas coplas del «cante jondo», que fueron las inspiradoras de la mayor parte de los cuadros de Romero de Torres. En esta primavera iba a marcharse el pintor. Córdoba ha esperado la fecha y no lo ha dejado partir. Su marcha será a otro mundo y para siempre. Romero de Torres no era un pintor de París. Era un pintor de España, y el destino ha querido que no se fuera de España sino en el viaje infinito...

¿Por qué le aburría Madrid? ¿Por qué no quería ya a Córdoba? Acaso no existiesen otras razones que las de orden sentimental. Romero de Torres ha sido el pintor más popular y más admirado de estos últimos tiempos. Contaba con la admiración del público y con el aplauso de los intelectuales. Alrededor de su arte y de su figura se han escrito millares de artículos, loas y exégesis. Pero... justo es decirlo: la popularidad comenzaba a declinar. El pintor vivía ya un poco apartado. Las nuevas generaciones artísticas no le estimaban. Ya no era la discusión que sirvió de vehículo a su fama. Ya era la crítica abierta y casi unánime. Acaso exagerada, tal vez cruel, pero no exenta de motivos justificadores. Romero de Torres se repetía de un modo incesante, había caído en el manierismo. Temas, figuras, ademanes, composición, colores se sucedían de cuadro en cuadro con fidelidad monótona y tenaz. El gran pintor no sólo no se superaba, sino que tampoco se renovaba. Había alcanzado el cénit de sus posibilidades por el equivocado concepto de adscribir la personalidad a un determinado modo de hacer y a un prefijado repertorio temático. El profano y el entendido, el ignaro y el culto, todo el mundo sabía distinguir de entre centenares de obras un cuadro de Romero de Torres sin equivocación posible. Ya se sabía de antemano cuáles eran las características y las particularidades que determinaban el arte invariable y monorrítmico del pintor. Y como éste no se mostró parco en la producción, sobrevino el cansancio, la fatiga por saturación. Es el peligro de la fecundidad cuando no va acompañada de otras virtudes. Y a este caso venían a añadirse las circunstancias. Son estos momentos de gran confusión en el campo del arte. Ideas y tendencias luchan enconadamente, y la resultante es que los gus-

tos se dividen y dispersan sin hallar punto fijo sobre el cual radicar. La pasión enturbia el juicio y atemoriza el ánimo. Y unos por cobardía y otros por política, pocos son los que se atreven a defender lo mismo que defendían hace diez, hace quince años.

Hoy que el artista ha muerto, todas las razones de circunstancias y todos los motivos ocasionales han de rendirse ante la evidencia de un hecho innegable: Julio Romero de Torres era un magnífico pintor, con una personalidad genuina, con un arte profundamente sugestivo.

Su técnica no procedía de fuentes hispanas. Fué adoptada tras concienzudos estudios de las figuras más representativas del Renacimiento italiano. En ella había una singular mezcla de reminiscencias florentinas y venecianas. Concretamente se destacaban en ella rasgos del Correggio y de Leonardo de Vinci. Con esa técnica, a cuyo servicio puso una paleta rica en coloraciones y un sentimiento exclusivamente andaluz sensualidad y tristeza—expresó concepciones típicamente españolas. Su tierra nativa floreció en los cuadros con aromas de nardo, de jazmín y de albahaca: esos perfumes intensos y capitosos que llenan las noches cordobesas.

Su pintura no era realista en el estricto sentido de la palabra. Romero de Torres no aceptaba la realidad. La transformaba en símbolo. Al mismo tiempo que pintaba, su alma lírica convertía los colores en estrofas, y los cuadros en poemas. Trasplantó a la pintura la literatura, esa literatura tan nuestra que elevó lo popular a la categoría de excelsitud. Y si algunas veces el prurito literario ahogó la expansión natural del pintor, otras el gran pintor desbordaba y aparecía con toda su esplendidez. Los desnudos femeninos que deja son trozos de pintura admirables e insuperables.

Romero de Torres no tuvo otro maestro que su padre, el pintor Romero Barros. Su fama data de 1908. En la Exposición Nacional de este año presentó el cuadro titulado «La musa gitana», que obtuvo primera medalla. En 1910 presentó otro titulado «El retablo del amor», que promovió gran revuelo al quererle adjudicar otra primera medalla, recompensa que obtuvo al año siguiente en la Exposición de Barcelona. En 1912 vuelve a la Exposición Nacional, y su cuadro «Consagración de la copla» promueve otro revuelo. Censuras y alabanzas riñeron un gran combate. El Jurado no otorgó ninguna recompensa al cuadro;

pero lo más distinguido de nuestra intelectualidad inició una suscripción para regalar, en desagravio al ilustre pintor, una medalla de oro cincelada por el difunto Julio Antonio, gran amigo y admirador suyo. En 1913 obtuvo otra primera medalla en Munich. A partir de esta fecha no volvió a presentar obras en ninguna Exposición oficial. En 1922 hizo un viaje a América, donde fué objeto de numerosos agasajos y homenajes.

Al regreso se le hizo objeto de otro homenaje de carácter nacional, y el Ayuntamiento de Córdoba le nombró hijo predilecto.

Una de las distinciones más relevantes con que se reconocieron oficialmente sus méritos, fué la de nombrarle profesor de la Academia de Bellas Artes de San Fernando; pero renunció pronto a ella. Ni a sus costumbres, ni a su temperamento, ni a sus aficiones iba bien el cargo.

La premura con que escribimos estas notas no nos permiten un examen más detenido de la obra y la personalidad de esta figura eminente del arte español contemporáneo.

Su desaparición la sentimos con toda el alma. Deploramos que no haya podido realizar ese proyectado viaje a París. Tal vez hubiese significado para el arte español lo que fué el segundo viaje a Roma de Velázquez. A la edad precisamente poco más o menos en que muere Romero de Torres, el gran Don Diego pintó el maravilloso retrato de Inocencio X, que se conserva en la Galería Doria de la Ciudad Eterna.—*Ballesteros de Martos*.—(«El Sol», 12 Mayo 1930).

Romero de Torres y Córdoba.—La esencia de la tierra

Este gran cordobés que acaba de morir gozó en vida una felicidad que les está reservada a muy pocos. La tierra—su tierra—fué para él verdadera cuna; le dió sangre, alma; y llenó sus días, hasta el último, de una divina esencia inmortal. Al decir esto no quiero sonar las palabras. Es que, en efecto, Córdoba se basta para ser la gran razón de existencia de un artista. Divinidad, inmortalidad; algo que no pone uno mismo, sino que ya lo trae. Algo que no es sólo esfuerzo, sino virtud o don. Y la esencia fragante, poderosa, para toda la personalidad, para todas las creaciones, para todos los gestos. No diré que sólo Córdoba puede traspasar a un hombre de esa esencia suya, tan hondamente como lo estaba en cuerpo y espíritu Julio Romero de To-

rres. Pero hay tierras que no agregan nada, que no dan nada. Y otras que quitan. Algunas tienen el genio ascético de la sequedad. Son, en arte, como árboles podados o como peñas de cumbre. Exigen a sus hijos que lo hagan ellos todo, y practiquen esa terrible pedagogía de la privación, del abandono y a veces del maltrato. Y hay también otras tierras que si dan el carácter dan cosa poco estimable, de tal modo que la mayor victoria que ha de ganar el artista ha de ser sobre la propia raigambre de su personalidad.

La primera vez que entré en el jardinillo cordobés de Romero de Torres—la fuente blanca, el arrayán, los tejadillos bajos, la planta irregular, de obra que ha ido haciéndose a fuerza de años; y sobre todo las tanagras vivas, figuritas gráciles de proporciones tan delicadas, de ojos tan profundos...—¡inolvidable sensación de serenidad clásica y misterio moruno!—; la primera vez que pisé la casa, el patio y el Museo, comprendí que Julio era de esos artistas que concentran en sí mismos lo mejor de la savia familiar y local, y que sería imposible suponerle solo, como el autodidacta, como el desheredado. Allí, en aquel rincón de su gloriosa ciudad, de noble tradición, tenía delante Julio, desde niño, las columnas, las estatuas desenterradas de una madre Córdoba, vestida a la romana, y los cuadros románticos de otro Romero, cordobés: su padre. Pero fuera del Museo y del jardín estaba Córdoba, hasta la Mezquita y hasta el río, y estaba la sierra. Lucha secular de fuerzas contrarias; unas, relajantes; otras, purificadoras. Unas tirando del alma de Córdoba hacia el aniquilamiento fatal; otras, librándola todos los días por la salud del campo y de las montañas cercanas. Córdoba campesina: el sombrero redondo. El vino dorado. La punta de toros entre garrochas. Córdoba casera, callejera, árabe. Sombras azules, livor de ojeras, suave tez pálida y olivácea en el óvalo inconcebiblemente fino de los rostros adolescentes. Rondas, cortejos, veladas a la reja, coplas... Yo he visto siempre, al pasar por Córdoba, en esa inercia apasionada, en ese aire quieto cargado de deseos sensuales martirizados por una moral exótica, el maleficio de la Mezquita. Sin el campo habría muerto ya. Sin el aire sano de la sierra, perfumado de aromas tónicos, Córdoba habría renunciado a vivir. Pero vedla en la calle y en los cuadros de Julio Romero. Bajo la fatiga de la tez y la llama febril de los ojos moros está todavía la línea clásica, la recia contextura clásica. ¿Romana? Quizá más sólida todavía. Más campesina, de la ribera del Guadalquivir.

Como ofrenda a la memoria de nuestro amigo hubiera querido yo dejar algo más que estas líneas rápidas. Le hemos visto tantos años en Madrid, entre nosotros, como uno de los nuestros, que habíamos acabado por desprenderlo de su jardín de Córdoba. Le veíamos más italiano que andaluz. Paleta veneciana o florentina. Pátina meditada. Reglas, fórmulas, «manera». Oficio y técnica de *lá presto*. Recuerdo que una vez en su estudio, mirando tres cuadros que se parecían demasiado, me dijo:

—Quieren cosas más y yo las pinto. Y mire usted si tiene gracia, ¡las vuelven a querer y las vuelvo a pintar!

Donde haya un lienzo de Romero de Torres, de cualquier época, habrá una mano firme, segura, una personalidad... Y un trasunto, siquiera remoto, del alma cordobesa. Su raza, su ciudad, su casa, familia, están clara o difusamente en toda su obra. Hoy velará el silencio y la soledad de aquel Museo, cuidado con tanto amor, otro artista de la misma cepa, su hermano Enrique, que fué para Julio no sólo un consejero y un guía, sino un espíritu animador, un ángel de la guarda. El alma del gran cordobés flota levemente sobre sus cosas terrenas, de las que no quiere despegarse. Sigue adscrito a ellas. Aguardará un renacer, un refloreecer, y en tierra tan rica no podrá sorprendernos que aquellas virtudes y cualidades quieran volver a lograrse mejor en una nueva vida.—*Luis Bello*.—(De «El Sol» 15 de Mayo de 1930).

Sobre la tumba de Julio Romero de Torres

Julio Romero de Torres duerme ya su último sueño en el regazo de la Sultana que tanto amó, y tierra de Córdoba, la blanca, cubre como un sudario el cuerpo yacente del hijo predilecto.

Por amor de Córdoba, romana y sarracena; por el recuerdo de tantas horas—las postreras acaso de mi juventud inolvidable—como viví entre la selva pétrea de su Mezquita, y bajo los clásicos olivos, y en la agreste y bucólica soledad de sus ermitas, y por entre los jardincillos italianizantes del Museo, y junto a la estatua del Gran Capitán, y a la sombra clara de la veia de sus patios, sonoros y aromados, cristal de las fuentes y porcelana viva de las flores, y por sus callejas huidizas y sinuosas, y a lo largo de la de Gondomar, en donde en su Club, divaga, como un Don Juan taurómico, *Guerrita* entre las disecadas testas de sus víctimas, sean los ojos de la romana fuente como los tornavoces de mi llanto, y llegue mi pésame a la ciudad.

* * *

Hace veintidós años, en el café del Gato Negro, en el teatro de la Comedia —¡ay, otros tiempos, cuando Jacinto Benavente era el «autor de la casa!»—, D. Ramón del Valle Inclán, todavía de endrina las barbas bajo el rostro iluminado y ascético, llegó como un personaje del *Greco* del brazo del pintor moderno, y me lo presentó. Era la hora del gran triunfo de *El retablo del amor*. Desde aquel día me empeñé en ser amigo de Julio Tomero de Torres, y lo conseguí muy pronto de su cordialidad. Yo, extranjero en la tierra que adoraba, sentía que, acercándome a él, acercábame a lo que España tiene de más pintoresco, de más hondamente sentimental, de más inconfundible y singular en Europa, y, acaso, de más antiguo. El traía ya en sus pinceles la línea de los primitivos italianos, y en su paleta los fondos de Leonardo, *el divino*; pero seguía profundamente andaluz, y andaluz de Córdoba, grave como Séneca y majestuoso como *Lagartijo*, con sentencias de filósofo en los labios y «largas» toreras en el ademán. Era el pintor de una mujer, que a veces tenía bajo el mantón una actitud de *La Gioconda*, y en la lumbre negra de los ojos la sonrisa enigmática que a la otra le vagaba en la boca, y era siempre distinta, y era siempre la misma, pero no una mujer real como la de Rubens, sino su cordobesa ideal, la del cálido tono moreno, barro de amor soñado con el alma de nardo del árabe español que perfuma unos versos de Mano Machado.

—¡Adiós, maestro Romerol

—¡Adiós, *maestro* Sassonel

El me respondía en broma por restarle importancia a la sinceridad de mi homenaje, y nos íbamos juntos a su estudio, ávido yo de contemplar otro retrato de mujer que era siempre la misma y era siempre nueva. Y un día me pintó el amor de mi vida. El me lo puso fuera del tiempo; él lo regaló a mis ojos por siempre, para que lo vieran inmutable; él aquietó en mi recuerdo la visión de mi juventud. ¿Qué puedo yo decir de su arte? ¿Qué pudiera escribir, aunque fuese lo que no soy, un crítico? Queda para otros la exégesis pictórica y literaria—literaria—también, ¿cómo no?—de su obra, y para otros más—se dará el caso que quieran confundir con el amaneramiento el vigor de una personalidad; yo sólo quiero decir que cada lienzo suyo era poesía, como una copla con buena literatura; yo sólo sé que era mi amigo..., ¡y se me ha ídol

* * *

¿Y *Pacheco*, el galgo negro? ¿Dónde estará *Pacheco*? Habrá curvado dolorosamente el ébano vivo de su cuerpo, ágil como un arco de ballesta, sobre la tumba de su amo. ¡Pobre *Pacheco*! Es un poco mi hermano, porque mi dolor también aulla como un perro en la noche.

* * *

—¡Adiós, maestro Juliol! Al darle el pésame a tu ciudad, Córdoba de maravilla, donde floreciste y duermes, sale este artículo entrecortado por los sollozos. Te doy lo único que tengo, mi pobre pluma, que, en esta carrera, cada vez más solo, y cada vez con más ilusiones marchitas, y cada vez con menos brillo el oro falso de la mediocridad, apenas me va sirviendo, ¡y aún doy gracias a Dios! para llorar gota a gota por los amigos de mi corazón.—*Felipe Sassone*.—(De «A B C» 17 de Mayo de 1930).

